

**José R. Ayllón**

# **¿Qué es la verdad?**

**Introducción a la Filosofía**



**PALABRA**

José R. Ayllón

# **¿Qué es la verdad?**

**Introducción a la filosofía**

PALABRA

© José R. Ayllón, 2017

© Ediciones Palabra, S.A., 2017

Paseo de la Castellana, 210 – 28046 MADRID (España)

Tel.: (34) 91 350 77 20 — (34) 91 350 77 39

[www.palabra.es](http://www.palabra.es)

[palabra@palabra.es](mailto:palabra@palabra.es)

Diseño de portada: Antonio Larrad

Diseño de ePub: Rodrigo Pérez Fernández

ISBN: 978-84-9061-562-1

Todos los derechos reservados

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

# PRESENTACIÓN

Retrocedo con la memoria hasta el primer encuentro con la filosofía, en mi bachillerato gallego. Recuerdo perfectamente al profesor que nos descubrió el amor a la sabiduría... Sus alumnos bostezan. No es sueño ni tristeza. Es, como dice Machado, que tienen el vacío del mundo en la cabeza. Por otra parte, nada nuevo: ese vacío define precisamente la condición estudiantil y crea desde hace siglos la necesidad de la escuela. Pero desde hace pocos años hay algo inédito, una auténtica mutación cultural. Parece que perdemos nuestra vieja condición de *homo sapiens*, piel superada ya, y nos convertimos en *homo videns*. Ahora se diría que no existe lo que no se ve en una pantalla, y esto es especialmente crudo para esta asignatura donde casi todo se juega en el terreno del concepto puro y duro.

¿Quién ha dicho que la filosofía es un ladrillo indigesto? Prácticamente, todo el mundo. De hecho, aquel primer encuentro con el sublime rollazo fue precedido de las más desalentadoras prevenciones. Nos decían que entrábamos en el gran templo del aburrimiento, donde se daba culto a grandes cabezas cuyo mérito masoquista había consistido en estrujarse las neuronas hasta destilar pensamientos absurdos, zumo de boina. Sin embargo...

Nuestro viejo profesor de filosofía, no tan viejo como su asignatura, era un provocador nato. Y un encantador de serpientes. Provocaba con sus preguntas y encantaba con sus respuestas, muchas veces disfrazadas de historias. ¿El hombre moderno es más inteligente que el prehistórico? ¿Cuál es la verdadera causa del tercer mundo? ¿La inteligencia artificial es realmente inteligente? ¿La existencia de vida extraterrestre requiere algo más que condiciones adecuadas? ¿Vivimos o no vivimos en la caverna platónica? Cada una de esas preguntas escondía una carga de profundidad. Y cuando el cotarro entraba al trapo era conducido mucho más lejos de lo que había imaginado. Abandonabas confiado la perezosa orilla y te ibas adentrando en un pequeño mar de conocimientos e implicaciones. Y el mar era una esquina del océano.

Ya se sabe que el alumno bosteza, dormita y vegeta. Siempre ha sido así. Para eso le pagan. Pero él venía preparado, entrenado, decidido a despertar, agitar y zarandear con su receta infalible: el binomio historia-pregunta. Desde la tarima de un aula con vistas a la ría nos lanzaba la pregunta inquietante o nos envolvía en la magia de un relato escogido. Era la vieja táctica de un cuentista de lujo (Platón y sus mitos) y de un charlatán profesional (Sócrates y sus diálogos). No planteaba el debate de la moral desde los conceptos, simplemente nos introducía en el vértigo de Macbeth. Para explicarnos la sociedad y sus reglas de juego nos hacía sobrevolar la isla de *El señor de las moscas*, ese

magnífico experimento literario en un inquietante paraíso perdido. La manera de conocer en persona al superhombre de Nietzsche fue presentarnos a Raskolnikov. Si había que hablar del amor, abría la clase con unos versos de Neruda o Salinas. Y, si la cuestión era la muerte de Dios, nos metía con Elie Wiesel en la pesadilla de su campo de exterminio.

Pocos años después obtuve la licenciatura en filosofía y me vi delante de un puñado de alumnos. Sufrí en mis carnes la dificultad de esa enseñanza, su carácter escurridizo hasta lo exasperante. Y al mismo tiempo recordaba a mi profesor en Vigo y decidía navegar en su estela. Este libro recoge algunos pormenores de esa navegación. Es quizá el libro que yo hubiera querido leer en mi primer encuentro con la asignatura, y que ahora brindo al inquieto adolescente obligado a estudiarla. Espero, de paso, que muchos de mis colegas lo encuentren reconfortante.

# I ABIERTOS AL MÁS ALLÁ



## 1. PRIMERA CLASE

Son hijos más de su época que de sus padres. Criados por esa niñera televisiva experta en banalidades y truculencias. Han crecido envueltos en música cañera. Tienen moto y coleta, camiseta y vaqueros, pulseras de cuero y de colores. Suelen salir al extranjero medio verano y pasar el otro medio —según confesión propia— haciendo el gamba en cualquier playa del Mediterráneo. Ahora que empieza el curso, les pica todavía la arena del mar, pero dentro de un mes ya estarán soñando con bajar por las pistas de Astún en Navidad. Son mis nuevos alumnos. Buena gente.

Están terminando Secundaria. Con una edad perfecta para pensar: diecisiete años. Pero antes de pensar les preocupan otras veinte cosas: la música y las redes sociales, la movida y los amigos, el deporte y el carnet de conducir, la liga de fútbol y los videojuegos. Viven esa segunda adolescencia tan cargada de incompetencia y esperanza. Se llaman Pablo, Sara, Iker, Virginia, Diego, Nacho... Ante ellos, que me miran el primer día con mezcla de curiosidad y cansancio anticipado, eso de que la primera pregunta filosófica es «¿por qué el ser y no la nada?» no tiene ningún sentido. Porque la gran pregunta que mis nuevos alumnos tienen en la cabeza el primer día de clase, y quizá antes, es «¿para qué rayos sirve esta asignatura?».

Si supieran expresarlo, preguntarían qué pinta la filosofía en un mundo donde la última palabra parece que la tienen la ciencia, la técnica y los medios de comunicación. Sin razones están convencidos de que no sirve para nada, y desean disfrutar del placer de ver al nuevo profesor tambalearse en la cuerda floja de una argumentación peliaguda, sudar y trasudar por explicar lo inexplicable.

Y el nuevo profesor, si quiere ganar una batalla que parece perdida de antemano, podrá decirles que la vida quizá consista en mantenerse a flote en medio de un mar agitado por grandes incógnitas, y que no tenemos más remedio que interpretar nuestra situación. Pues vivir en el mundo y no aspirar a comprenderlo es vivir como puro animal. Por eso se ha dicho que, en el hombre, todo lo que no es filosofía es sonambulismo. De hecho, por su constitución inteligente, no puede el hombre renunciar a poseer una visión completa de la realidad, a preguntarse por qué existe el universo, la especie humana, el amor, el dolor y la muerte.

Después, con mucho tacto, el profesor evitará citar a Kant o a Platón (es pronto todavía), y se contentará con una reflexión mucho más *light*. Por ejemplo, de Michael Ende: «Sospecho que la realidad puede ser solamente la primera planta de un enorme edificio con innumerables pisos por encima y bajo tierra». Si no es un gran pensamiento, es al menos una buena imagen, capaz de captar la imaginación del personal y socavar su escepticismo preconcebido. Pero la imaginación no piensa. ¿Sabéis quién es **Stephen**

**Hawking?** Claro que lo saben. Un astrónomo listo como Einstein, tristemente condenado a silla perpetua por esclerosis múltiple. Pues ese tipo, al final de su *Historia del tiempo*, se atreve a decir que la ciencia jamás será capaz de responder a la última de las preguntas: por qué el universo se ha tomado la molestia de existir.

Esto no se lo esperaba nadie. ¿Un filósofo que cita a un científico en la cresta de la ola? Esto es muy raro, ¿verdad? El caso es que, si Hawking afirma que la ciencia nunca nos va a decir por qué el universo se ha tomado la molestia de existir, habrá que ir más allá de la ciencia. La palabra «metafísica» ¿no significa precisamente «más allá de la física»?

## 2. *MÁS ALLÁ DE LA FÍSICA*

La metafísica, como es sabido, suena a camelo oscurantista. Pero las apariencias engañan. La ciencia, por el contrario, parece tener el monopolio de la explicación global de la realidad, y ese sí que es un camelo de tomo y lomo. ¡Atentos, muchachos! La ciencia nos dice, por ejemplo, que en el mundo solo existen partículas físicas carentes de conciencia y de intención. Pero todas las personas formamos parte de ese mundo, y resulta que somos seres conscientes y libres. El problema nos afecta muy personalmente al intentar entender cómo se compenetra la exterioridad corporal con la interioridad psicológica, pues ciertos rasgos esenciales de nuestra constitución subjetiva parecen imposibles de encajar dentro de nuestro cuerpo físico.

El más importante de esos rasgos es la *autoconciencia*. Yo, en el momento de escribir esto, y tú, joven lector, en el momento de leerlo, somos ambos conscientes. Pero nadie sabe cómo puede ocurrir tal cosa, cómo un sistema físico puede ser consciente. La *autoconciencia* es un conocimiento reflejo, una capacidad que el hombre tiene de conocerse a sí mismo. Supone un inverosímil desdoblamiento del sujeto, una duplicación real que hace posible experiencias tan comunes y misteriosas como las que describe **Juan Ramón Jiménez**:

Yo no soy yo. Soy este  
Que va a mi lado sin yo verlo,  
Que, a veces, voy a ver,  
Y que, a veces, olvido.  
El que calla, sereno, cuando hablo,  
El que perdona, dulce, cuando odio,  
El que pasea por donde no estoy,  
El que quedará en pie cuando yo muera.

El carácter metafísico de nuestros estados mentales se manifiesta en hechos tan claros como que yo puedo sentir mis dolores y tú no puedes, yo puedo pensar sin que nadie sepa que pienso, y mucho menos qué pienso. Lady Macbeth dice a su marido que no tenga miedo a que se descubra su asesinato, pues «no hay un arte capaz de leer en la interioridad de la mente a través de la cara». Ahora bien, si la ciencia exige que la realidad ha de ser igualmente accesible a todos los espectadores cualificados, la subjetividad individual se presenta como un campo vedado para el conocimiento científico.

Este puede ser el momento de citar a un filósofo. Pero escogeremos a uno que haya

sido al mismo tiempo científico eminente. Al que con solo dieciséis años publicaba un tratado de las secciones cónicas. Al que dijo que...

Apenas conocemos lo que es un cuerpo vivo; menos aún lo que es un espíritu; y no tenemos la menor idea de cómo pueden unirse ambas incógnitas formando un solo ser, aunque eso somos los seres humanos.

El autor es **Pascal**, por supuesto. ¿Qué es lo que viene a decirnos? Pues que un pensamiento no es algo que honradamente podamos calificar de material, ya que no tiene color, sabor o extensión, y escapa a cualquier instrumento que sirva para medir propiedades físicas. De hecho, constatamos que los fenómenos mentales trascienden claramente los fenómenos de la fisiología y la bioquímica.

Se nos podría objetar que lo psíquico es mera función del cerebro, lo mismo que la bilis es producto del hígado: pura secreción de la materia. Pero el hecho de que un proceso mental tenga su sede o apoyo en un proceso fisiológico no autoriza a identificarlos, sino solo a señalar su concomitancia. Ningún aparato eléctrico puede funcionar sin ser enchufado, pero el enchufe no es la causa de su funcionamiento ni de la electricidad. Enchufe y cerebro son condiciones, no causas.

Más allá de la física está la única cuestión más importante que la propia vida: el sentido de la vida. Edmund **Husserl**, matemático y filósofo, escribió que «la ciencia nada tiene que decir sobre la angustia de nuestra vida, pues excluye por principio las cuestiones más candentes para los hombres de nuestra desdichada época: las cuestiones sobre el sentido o sinsentido de la existencia humana». Aunque el principio de Arquímedes tenga unas aplicaciones importantísimas, cualquiera preferiría saber cómo se puede ser feliz, o qué se puede esperar después de la muerte. A preguntas de esa índole se refería **Aristóteles** cuando decía que en el comienzo de la filosofía estaba el asombro. Porque la filosofía no es más que la valentía de buscar respuestas a las preguntas más inquietantes.

Precisamente por eso, el conocimiento filosófico es mucho menos teórico de lo que se piensa. De hecho, si la dimensión práctica de la ciencia es la técnica, la dimensión práctica de la filosofía es la configuración de la conducta humana: de las personas singulares y del colectivo social. Para ello no es necesario que todos sepan filosofía. El hombre de la calle no es un experto en termodinámica ni en electrónica, pero el ordenador, el reloj, el ascensor, el televisor, el teléfono y el automóvil que usa a diario no han podido ser construidos sin un conocimiento riguroso de esas materias. El hombre de la calle tampoco es un experto en filosofía, pero el grado de libertad social que posee o de justicia que le ampara, el acuerdo común sobre los valores que todos deben respetar o el régimen político en el que vive son cuestiones que solo han podido ser resueltas tras siglos de reflexión filosófica. Aunque él lo ignore, es así.

Filosofía significa amor a la sabiduría, ambición por bucear hacia el fondo de las

realidades más profundas y complejas. Desde los tiempos de la Grecia clásica buscaron los sabios un saber último de validez universal, más allá de lo físico, en ese ámbito inmaterial que no se aprecia con los sentidos, pero que la inteligencia capta como radicalmente importante. Desde entonces, los hallazgos realizados en esa cara oculta han sido siempre decisivos. Así, cuando la **Revolución Francesa** proclama el triple ideal de libertad, igualdad y fraternidad, está defendiendo tres grandes valores que nadie se atrevería a calificar de materiales, y que todos reconocemos como ejes fundamentales de la existencia humana. Y cuando hablamos de derechos humanos, de igualdad ante la ley, de no discriminación y tolerancia, nuestros planteamientos son estrictamente filosóficos.

¿Qué validez tienen los conocimientos filosóficos? Tanto las ciencias como la filosofía llegan a verdades ciertas. Y, cuando no pueden hacerlo, intuyen soluciones más o menos oscuras. Por tanto, las verdades y las incógnitas son patrimonio común. Ningún científico se atreve a decir en qué consisten exactamente la materia, la energía o la luz; y, sobre el origen del universo o la diversificación de especies vivas, tan solo pueden ofrecernos hipótesis verosímiles. Sabemos que la ciencia no puede ni podrá nunca explicarlo todo. ¿Y la filosofía? Seríamos ingenuos si pensáramos que representa la gran solución a nuestra ignorancia, pero también lo seríamos si despreciásemos su voz. ¿Hasta dónde llega la filosofía? Ciertamente, no elabora una concepción exacta del mundo, pero consigue que no olvidemos jamás el problema del sentido último de la realidad.

La Historia, muchas veces, no sabe quién pintó, quién escribió, quién construyó con tanto arte, pero reconoce la existencia de artistas anónimos. Tampoco la filosofía sabe quién ha diseñado un mundo a la medida del hombre. No lo sabe de forma precisa, pero sabe que detrás de esa ignorancia se esconde el fundamento de lo real. Los grandes filósofos han sido hombres obsesionados por esa curiosidad. Sus propuestas suelen ser provisionales, pero han nacido de una verdad decisiva: la experiencia de la gran ausencia. Pues, al salir al mundo y contemplarlo, se les ha hecho patente lo que **Descartes** llamaba *el sello del Artista*.

El profesor lleva hablando demasiado tiempo. La presión conceptual ha ido subiendo, y la atención, bajando. Es el momento de recurrir a un buen ejemplo y a viajar un poco. Nos vamos a **Barcelona**. El templo de la Sagrada Familia es, sin duda, una mole de piedra. Pero está claro que es —además y sobre todo—, tal como lo concibió **Gaudí**, un espacio sutil para la relación entre el hombre y Dios. En otro orden de magnitudes, el universo aparece ante nuestros ojos como una descomunal arquitectura, pero científicos eminentes como Copérnico, Galileo y Newton —entre otros muchos— también lo han interpretado como el espacio que Dios ha creado para encontrarse con el hombre.

No está claro si esta última afirmación es científica, pero es rigurosamente racional y filosófica, además de religiosa. Así nos la encontramos, entre innumerables ejemplos, en la tumba de don **Pedro Pidal**, Marqués de Villaviciosa de Asturias. A 2.000 metros de

altura, grabado sobre roca en una cresta caliza de los Picos de Europa, el epitafio reza así:

Enamorado del Parque Nacional de la Montaña de Covadonga, en él desearía vivir, morir y reposar eternamente, pero esto último en Ordiales, en el reino encantado de los rebecos y las águilas, allí donde conocí la felicidad de los cielos y de la tierra, allí donde pasé horas de admiración, ensueño y transporte inolvidables, allí donde adoré a Dios en sus obras como a Supremo Artífice, allí donde la naturaleza se me apareció verdaderamente como un templo.

El tema de Dios quizá no esté de moda. Tampoco es políticamente correcto. Pero es que Dios en realidad no es un tema, y está muy por encima de las trivialidades de la espuma política. La filosofía llega a Dios en la medida en que pregunta por el fundamento último de lo real. En esa misma medida podemos afirmar, como **Kant**, que estamos ante el ser más difícil de conocer, pero también el más inevitable. De hecho, aunque está claro que Dios no entra por los ojos, tenemos de él la misma evidencia racional que nos permite ver detrás de una vasija al alfarero, detrás de un edificio al constructor, detrás de un cuadro al pintor, detrás de una página escrita al escritor.

Hacia ese fundamento último apunta precisamente la primera pregunta filosófica: ¿Por qué el ser, y no la nada? Pues, si en algún momento del pasado no hubo nada, ahora tampoco habría nada, y tampoco lo habría en el futuro, ya que de la nada no se obtiene nada. Por tanto, parece evidente que siempre ha existido algo.

Por otra parte, entre los seres que existen no conocemos ninguno que se haya dado la existencia a sí mismo: todos, tanto los vivos como los inertes, son eslabones de una larga cadena de causas y efectos. Pero esa cadena ha de tener inicio, pues pretender que un número infinito de causas pudiera dispensarnos de encontrar una primera sería lo mismo que afirmar que un pincel puede pintar por sí solo con tal de tener un mango muy largo.

Si el cosmos no se da a sí mismo la existencia, debe haber algo más. Las tuberías contienen agua a condición de haberla recibido. Detrás del más complejo sistema de tuberías debe haber algo que no sea tubería: un depósito que contenga el agua por derecho propio. Pues bien, detrás de todo el complejo universo de seres que no se han dado la existencia a sí mismos debe haber un ser que exista por derecho propio y comunique a los demás la existencia. El problema no se resuelve, como vimos, con un número infinito de seres, de igual forma que unas tuberías de longitud infinita no explicarían la existencia del agua que corre en su interior. Y, si dijéramos que los seres simplemente existen y no hay nada más que hablar sobre ello, entonces estaríamos diciendo —como señaló Hegel— que no se debe pensar.

Es importante saber si la primera causa es algo o alguien. Si es capaz de conocer y querer, entonces nuestro universo puede considerarse como algo concebido, querido y puesto en la existencia. Por el contrario, si el primer ser es irracional y ciego, entonces el cosmos ha sido producido a trompicones sin sentido. Sin embargo, la realidad que vemos

es tan increíblemente compleja y ordenada, que solo parece haber sido capaz de causarla una mente inmensamente superior a la humana. La cooperación inconsciente de los seres materiales en la producción de un sistema cósmico estable no parece posible sin un ser inteligente que coordine el conjunto. Esa constatación llevó a **Cicerón** a esta interesante conclusión:

Nadie debe ser tan arrogante como para admitir la presencia en sí mismo de la razón y de la inteligencia, y negarla en el cielo y en el mundo; o como para sostener que un universo cuya complejidad casi supera el alcance de la más aguda razón no responde en su movimiento a ningún impulso racional.

Ya puestos, podemos redondear lo dicho hasta aquí con una de esas magníficas declaraciones de **san Agustín**. La encontré en la contraportada de un libro sobre astronomía:

Pregunta a la hermosura de la tierra, del mar, del aire dilatado y difuso. Pregunta a la magnificencia del cielo, al ritmo acelerado de los astros, al sol —dueño fulgurante del día— y a la luna —señora esplendente y temperante de la noche—. Pregunta a los animales que se mueven en el agua, a los que moran en la tierra y a los que vuelan en el aire. Pregunta a los espíritus, que no ves, y a los cuerpos, que te entran por los ojos. Pregunta al mundo visible, que necesita de gobierno, y al invisible, que es quien gobierna. Pregúntales a todos, y todos te responderán: «míranos; somos hermosos». Su hermosura es una confesión. ¿Quién hizo, en efecto, estas hermosuras mudables sino el que es la hermosura sin mudanza?

Por todo esto decimos que Dios es mucho más que un tema, y esta sencilla exposición, fruto de unos cuantos años de experiencia docente, suele tocar el nervio del interés y la atención de toda la clase.

### **3. *EL MISTERIO DE LOS SERES VIVOS***

—¿Qué pensáis de la posibilidad de vida extraterrestre? ¿Tiene la filosofía algo que decir sobre este asunto?

Si la clase estuviera sumida en algún tipo de sopor, cosa frecuente a primera hora de la mañana o de la tarde, estas preguntas tienen la virtud de provocar su reacción inmediata, porque todo el mundo ha visto en la tele un programa sobre el tema. Que hayan leído o pensado ya es otro cantar. Pero veamos la respuesta típica: por puro cálculo de probabilidades, parece que la existencia de vida extraterrestre es más que probable, y es la ciencia y no la filosofía la que debe pronunciarse al respecto.

—¿Estáis seguros?

A medida que avanza el curso, las certezas de la clase se van tornando inciertas, pero en este caso asienten todos. Entre otras razones, porque los medios de comunicación nos recuerdan de forma periódica que nuestro planeta es insignificante en la inmensidad del universo, y que la probabilidad de que exista vida en otros planetas es alta. En este sentido, muchos científicos piensan que en nuestra galaxia se dan las condiciones necesarias para que existan cientos de civilizaciones extraterrestres. Esas condiciones son: una estrella similar al sol, que proporcione energía y sea centro de un sistema planetario con órbitas regulares; planetas con masa suficiente para que su gravedad retenga el agua y la atmósfera; un disolvente universal como el agua; giro de rotación para diferenciar la noche y el día. A esto añaden que en el espacio se encuentran las moléculas necesarias para desarrollar la vida, y que en los meteoritos se han detectado aminoácidos con la misma estructura que las proteínas de la Tierra.

Mis alumnos piensan que por una vez van a tener razón en bloque. Lástima que planteamiento tan interesante resulte insuficiente. Porque olvida algo tan fundamental como que la existencia de seres vivos —inteligentes o no— no es un problema de condiciones, sino de causas. Y estos conceptos no son equivalentes. Las condiciones no causan, simplemente posibilitan la acción de las causas. Si las causas intervienen directa y activamente en la producción de los efectos, las condiciones intervienen de forma indirecta y pasiva: cuando abro esta ventana oigo las voces y los ruidos de la calle, pero la ventana no es la causa de esos sonidos, sino la condición de que se oigan o no se oigan dentro de mi habitación.

De igual manera, las condiciones para que exista vida no son las causas de la vida. Si esperamos que un montón de ladrillos formen por sí solos un rascacielos, nuestra espera será eterna. Si esperamos que un conjunto de elementos químicos puedan formar por sí

solos una sola célula viva, estamos esperando algo todavía más increíble que la autoconstrucción del rascacielos. Por ello falseamos cualquier explicación de los seres vivos cuando la reducimos a elementos materiales y condiciones.

Nos guste o no, la vida nos sigue desafiando con su misterio indescifrable. No deja de sorprendernos que millones de seres, compuestos por los mismos elementos que encontramos en la corteza terrestre, sean capaces de moverse por cuenta propia, convertir en su misma sustancia lo que comen, y reproducirse en individuos semejantes sin perder un ápice de su integridad. Se trata de características tan radicales que hacen de la vida un modo de ser. Por eso se ha podido afirmar que, para los vivientes, vivir es ser.

Nos gustaría saber cómo es eso posible, qué confiere vida a esos conjuntos de *uñas, carne, sudor, vísceras, dientes...* Y descubrir también cómo empezó todo. Sabemos que, si un terremoto echara abajo el acueducto de Segovia, el montón de escombros estaría formado por las mismas piedras que vemos hoy airoosamente levantadas. Pero solo serían piedras, no acueducto. De ahí deducimos que no solo está en la piedra la causa del monumento, sino también en el arquitecto romano. ¿Qué añade el arquitecto a la piedra para que esta se sostenga en el arco? Es preciso afirmar que añade un orden particular, algo tan evidente como inmaterial: Sin orden, las piedras no se sostendrían sobre nuestras cabezas, ni las palabras formarían el poema, ni los colores el cuadro.

¿Se podría decir lo mismo respecto a la diferencia entre lo vivo y lo inerte? En cierta manera, sí. Porque todos los elementos que forman un ser vivo pueden ser reunidos en un laboratorio guardando la misma proporción. Sin embargo, en el laboratorio, esos elementos seguirán formando una mezcla inerte. ¿Qué le falta a esa mezcla?

La naturaleza está sujeta a leyes, y esas leyes se pueden expresar por relaciones aritméticas. Sin embargo, hay una ley que la ciencia no consigue atrapar entre fórmulas, un programa que no se deja copiar: el programa de la vida. Unos versos de **Juan Ramón Jiménez** expresan muy bien esa dolorosa ignorancia:

¡Quién, quién, naturaleza,  
levantando tu gran cuerpo desnudo,  
como las piedras, cuando niños,  
se encontrara debajo  
tu secreto pequeño e infinito!

Por el momento, solo hemos sido capaces de poner un nombre poético a ese «secreto pequeño e infinito»: alma. Una palabra que ya aparece varias veces en los poemas homéricos, como nombre de algo impreciso, más o menos contrapuesto al cuerpo: *soma* y *psiqué*. Los presocráticos, de Tales a Demócrito, proponen distintas concepciones acerca de la *psiqué* humana, pero solo desde Platón adquirirá precisión

formal este problema. En el *Fedón*, **Platón** pone en boca de **Sócrates** varias tesis fundamentales sobre este aspecto:

- Que la realidad del hombre consiste en la unión de dos elementos reales, alma y cuerpo.
- Que el alma representa lo divino, anterior al cuerpo e inmortal.
- Que el cuerpo es mortal e impuro, cárcel y tumba del alma.
- Que el destino del cuerpo es muerte y corrupción, pero el del alma es perdurar después de la muerte.
- Que el destino de las almas no es igual para todas: recibirán premios o castigos, según hayan sido sus obras en este mundo.
- Que, si la vida ha sido virtuosa, la muerte es más deseable que temible, sin que eso justifique el suicidio.

Hoy, la biología molecular nos dice que el cuerpo de un mamífero está compuesto por billones de células. Y cada célula está formada por millones de moléculas. Si hubiera que levantar ese rascacielos biológico ensamblando una molécula por segundo, sería necesario hacer trabajar en paralelo a billones de empresas constructoras durante muchos miles de años. Por eso se puede afirmar que un embrión, al desplegar tal actividad en el tiempo récord de semanas o meses, es un portentoso arquitecto. Una larga tradición filosófica argumenta que el trabajo simultáneo y coordinado de esos billones de astilleros monocelulares solo es posible si hay un «centro de control» que sincronice desde el principio todos los astilleros, retenga en su memoria lo que han hecho y sepa lo que todavía queda por hacer. De lo contrario, todo el proceso vital sería abortado en su mismo inicio.

Para cualquier ser vivo, el «centro de control» es el principio activo que unifica los muchísimos millones de programas que trabajan en equipo. Desde hace muchos siglos se le ha llamado *psiqué*. Y, como retener el pasado y poseer el futuro implica estar por encima del espacio y del tiempo, la inmaterialidad aparece como un rasgo esencial de lo psíquico. Quizá nunca sepamos qué es exactamente el alma, pero tampoco podremos dudar de su existencia. Oír que alguien llama a la puerta no es identificar al que llama. «Alma», la palabra con la que designamos la causa de la vida, es precisamente el nombre que ponemos a un desconocido cuya existencia no ofrece duda.

Se podría objetar que no es razonable defender algo invisible; que lo obligado sería, más bien, rechazar lo que no se puede ver. Pero la verdad es que lo invisible, por el hecho de serlo, no tiene por qué ser irreal. Cuenta el psiquiatra vienés **Viktor Frankl** que un alumno de Medicina le preguntó en qué quedaba la realidad del alma, siendo esta totalmente invisible. El profesor confirmó que no era posible ver un alma mediante disección o exploración microscópica, pero preguntó a su vez por qué razón iba a exigir esa prueba.

Por amor a la verdad, contestó el joven. Entonces le llevé al terreno que yo quería. Solo necesité preguntarle si cosas como el amor a la verdad podían hacerse visibles por vía microscópica. Aquel muchacho comprendió que lo invisible, lo anímico, no puede encontrarse mediante el microscopio, pero que es un presupuesto para trabajar con él.

En este tema, citar a un médico parece garantía de honestidad, y lo agradecen los alumnos de ciencias. ¿Por qué no presentar ahora a Laín Entralgo, un médico español esencialmente humanista? En su libro *Alma, cuerpo, persona* comenta la siguiente anécdota:

Un positivista ramplón —varios hubo en el siglo XIX— dijo a don Federico Rubio, positivista también, pero más avisado: «Nunca en mis vivisecciones y en mis experimentos me he topado con algo a que pudiera llamar alma». A lo cual respondió el gran cirujano: «Tampoco yo he podido trasvasar a cucharadas eso que llaman oxígeno». No; lo que llamamos alma no puede ser objeto de percepción directa. Entonces, ¿qué es lo que en realidad nombra la palabra alma? Dos respuestas veo. En tanto que realidad inmaterial, dice la primera, el alma no puede ser directamente percibida, pero varias de las actividades del hombre —su pensamiento, el ejercicio de su libertad, etc.— obligan a admitir su existencia real y a considerarla principio constitutivo de la total realidad del hombre. Ella es lo que en cada uno de nosotros realmente vive, quiere, entiende, ama, etc. «Si se trata del alma —decía Mayans en su *Rethorica*—, se debe observar que en cuanto anima se llama *alma*; en cuanto entiende, *entendimiento*; en cuanto recuerda, *memoria*, y en cuanto discurre o juzga, *juicio*». Mucho antes, y más radicalmente, había afirmado Platón que el pensamiento es *un silencioso diálogo del alma consigo misma*.

Ya puestos, puede ser el momento de presentar en clase a **Jiménez Lozano**, ese humanista castellano, que imagina el alma como una estancia donde «pasan cosas de mucho secreto», relacionadas con tres realidades fundantes: el amor, la muerte y Dios. Se lamentaba el escritor del saqueo actual del alma por parte de políticos y vendedores varios. Saqueo con expulsión de las tres realidades mencionadas, únicas que pueden habitar el «yo» sin ensuciarlo o matarlo.

## 4. QUÍMICA Y MATEMÁTICAS

En el Museo de Historia Natural de Washington, transparentes vasijas de diversos tamaños contienen los productos naturales y químicos que se encuentran en un organismo humano de proporciones semejantes: 40 kilos de agua, 17 de grasa, 4 de fosfato de cal, 1 de albúmina, 5 de gelatina. Otros frascos de menor capacidad contienen carbonato cálcico, almidón, azúcar, cloruro de calcio y de sodio, etc. Ante esa representación puede surgir en el visitante una pregunta inquietante: ¿está todo lo humano contenido en esos recipientes?

El pensamiento mecanicista responderá que sí, pues considera que los seres vivos son mecanismos integrados por elementos y fuerzas fisicoquímicas. Pero no parece que la mera suma de elementos de la tabla de Mendeleiev haya producido nunca un ser vivo, como tampoco las piedras levantan un muro por sí solas. ¿Acaso se puede explicar un edificio solo por sus ladrillos? Además, los elementos de un ser vivo no bastan para explicar aspectos fundamentales como el automovimiento, la coordinación funcional, la sensación o el comportamiento instintivo. No bastan porque, siendo comunes a lo vivo y a lo inerte, tienen propiedades diferentes —y algunas veces contrarias— según estén formando parte del ser vivo o libres en su estado natural. Esto se pone de manifiesto en la muerte: lo que antes formaba un organismo donde todas las partes eran interdependientes en virtud de un plan unificador, al perder la vida pierde cada parte no solo su condición de parte, sino su misma existencia. De hecho, el cuerpo vivo no puede ser cuerpo si no está vivo. Sin vida, lo que fue cuerpo se descompone en *pulvis, cinis et nihil*, como reza un famoso epitafio.

Se puede explicar cualquier cosa —también los seres vivos— atendiendo solo a sus componentes materiales, pero no conviene olvidar que todo lo que existe ha requerido, además de su materialidad, un diseño previo. Las causas inteligentes de los seres vivos no están a la vista, pero eso no nos permite negarlas, pues están a la vista sus resultados. La explicación mecanicista puede ser suficiente dentro de un planteamiento estrictamente empírico, pero el científico sabe que la realidad no se agota a ese nivel. Ya Platón había hecho pronunciarse a **Sócrates** en ese sentido:

Admito que, si no tuviera huesos ni músculos, no podría moverme, pero decir que ellos son la causa de mis acciones me parece un gran absurdo.

Más allá de la explicación mecanicista está la explicación filosófica, entre cuyas consideraciones destacamos tres:

1. Que el orden es una cualidad no material que se da en lo material, hasta tal punto que el desarrollo de la ciencia moderna se halla ligado a la convicción profunda de que el universo es profundamente racional: No existen científicos sin esa convicción.
2. Que el orden solo puede ser concebido por una inteligencia. Si nada sale de nuestras manos sin una idea previa, se impone considerar qué manos inteligentes habrán moldeado la admirable arquitectura del universo. Esta es la última de las preguntas que puede formularse un científico, para la cual ya no hay respuesta científica.
3. Que el orden se busca con vistas a un fin: la perfección del conjunto. Sus efectos son bien visibles: las estructuras de los seres, tanto orgánicos como inorgánicos.

A estas alturas, algún alumno de ciencias dirá que en química orgánica han estudiado que la vida no es más que un proceso de oxidación y combustión. Entonces sus compañeros se sonreirán y mirarán al profesor con displicencia. Sus sonrisas tienen un significado preciso: «A ver qué dices ahora, tío». Y el tío, que ya va teniendo algún trienio, también sonríe. Y dice que sí, que el profesor y los alumnos de ciencias naturales tienen derecho a concebir la vida como un proceso de oxidación y combustión... El mismo derecho que tienen el profesor y los alumnos de lengua para pensar que la VIDA no es más que una palabra de cuatro letras.

Y entonces quizá se anime la cabeza pensante de la clase, callada hasta el momento. Le ha parecido un poco burdo el reduccionismo de su colega, pero cree que la idea de fondo es correcta. ¿Por qué no expresarla con sutileza? Y entonces la cabeza pensante, que va a estudiar Medicina, propone que el pensamiento *no es más que* un proceso fisiológico. El profesor pregunta si también habría que decir que la *Novena Sinfonía* o *El Entierro del Conde de Orgaz* son meros procesos mecánicos con raíz fisiológica. Y mientras la cabeza pensante piensa, y los demás con él, les propone un sencillo ejemplo. La explicación del movimiento de un viajero sentado en un tren puede hacerse totalmente en términos mecanicistas: recorrido de cierta distancia, a cierta velocidad media por hora, en cierto tiempo, gracias al funcionamiento de una máquina que gasta cierta forma y cantidad de energía. Pero el resultado no respondería a la pregunta que este viajero podría formularse a sí mismo: ¿Qué hago yo en este tren? Pues la verdadera respuesta sería: Voy a Sevilla. Y ningún método científico de información permite adivinar la presencia, en el sujeto, de esa intención.

Parecido al reduccionismo químico es el empeño por atrapar la realidad en las redes de la exactitud matemática. Las matemáticas son exactas, por supuesto, pero a costa de considerar únicamente los aspectos cuantificables de la realidad. Pueden afirmar que la

vía férrea mide 3.200 kilómetros y que este halcón pesa 3 kilos. Ambas magnitudes también pueden ser exactas, pero su exactitud no dice nada sobre las propiedades del hierro y las cualidades del halcón.

A pesar de Descartes, la realidad no cabe en unos ejes de coordenadas, no es expresable totalmente en cifras, porque las cifras solo expresan magnitudes, y la magnitud es un aspecto mínimo de las cosas. Parece que la magia de los números mueve y sostiene el mundo, pero los números son meros signos convencionales con los que el ser humano expresa una pequeña parte de la realidad: delante de mí pasan dos hombres, veo que son dos, pero el número 2 no me dice si son hermanos, padre e hijo, buenos amigos o simples desconocidos; tampoco me informa sobre sus gustos, sus manías o sus enfermedades. Saber que son 2 hombres es saber con exactitud que son 2, y nada más. Por eso, la sola exactitud matemática es un conocimiento notoriamente insuficiente.

Todo esto puede resumirse así: De la misma manera que el conocimiento matemático es exacto dentro de un aspecto limitado de lo real —lo cuantificable—, la pretensión de extender esa exactitud sobre toda la realidad es un empeño imposible y contradictorio, porque toda exactitud es un molde subjetivo que falsea y deforma en la medida en que impone su propia forma.

Hay muchos ejemplos de este empeño por explicar matemáticamente la realidad toda. Uno de los más típicos es el que se enfrenta a la inteligencia humana. Quizá resulte imposible saber exactamente qué es nuestro pensamiento, pero, si reduzco el problema a una cuestión de neuronas, puedo tener una tranquilizante impresión de exactitud: 1.350 gramos de cerebro humano constituido por 100.000 millones de neuronas, cada una de las cuales forma entre 1.000 y 10.000 sinapsis y recibe la información que le llega de los ojos a través de 1 millón de axones empaquetados en el nervio óptico. Por lo demás, toda neurona es una célula viva que puede ser explicada por la química orgánica.

Así pues, puedo explicar lo suprabiológico en clave biológica; y entender la biología como procesos químicos; y expresar lo químico de forma matemática. Ahora bien, lo que fácilmente podrá preguntarse cualquier lector medianamente crítico es qué tienen que ver el carbono, el hidrógeno, las neuronas y la expresión matemática de sus procesos con algo tan poco matemático como entablar la más inocente de las conversaciones, entender un chiste o captar el cariño de una mirada.

## II LA HORA DE LA VERDAD



## 5. DE COMTE A POPPER

Las clases dedicadas al conocimiento humano bien pueden abrirse con un toque teatral: ¡Ha llegado la hora de la verdad! Esa grandilocuencia no fue ajena a los ilustrados del siglo XVIII, autores de la *Enciclopedia*. Muchos, sobre todo en Francia, estimaron que religión y filosofía no son más que creencias irracionales, saberes supersticiosos basados en la autoridad y en la costumbre, y que el progreso de la ciencia acabaría por arrinconar la ignorancia, iluminar el camino y dirigir los destinos de la humanidad.

**Augusto Comte**, hijo legítimo de la Ilustración, supuso que la humanidad atraviesa en su historia tres etapas sucesivas: la religiosa, la metafísica y la científica o positiva. Por eso denomina *positivismo* a su sistema. Según él, el hombre primitivo ignora todo, teme todo y cree que las fuerzas de la naturaleza son dioses y espíritus superiores. Con el tiempo, la razón va depurando esta explicación politeísta hasta llegar a un solo Dios, concebido como supremo principio metafísico. Pero la evolución constante de la razón acaba por descubrir que la metafísica es irreal e innecesaria: para explicar totalmente el universo basta con el conocimiento científico basado en la observación de los hechos y en la deducción matemática. El misterio desaparece y se convierte en problema, es decir: en algo que se resolverá cuando poseamos todos los datos.

Esta *Ley de los tres estadios* —religioso, metafísico y científico o positivo— no es, precisamente, un modelo de rigor intelectual. Si la Metafísica sustituye a la Religión, ¿cómo explica Comte que los europeos de los siglos góticos sintieran una atracción irresistible por la Metafísica y, a la vez, fueran hombres profundamente religiosos? Y, si la ciencia entierra a la Religión y a la Metafísica, ¿qué decir cuando los científicos más grandes se declaran íntimamente metafísicos y religiosos?

Comte quiso acabar con la Filosofía y con la Religión, y consiguió que las tesis positivistas fueran para muchos intelectuales los dogmas de una nueva religión laica. Científicos y hombres de letras creyeron ciegamente los postulados más dudosos y las conclusiones más ingenuas. En nombre de la ciencia triunfó demasiadas veces la credulidad. Asombra, por ejemplo, que hombres como Pío **Baroja** llegaran a sostener ideas como las que adjudica a uno de sus personajes:

¿No era científicamente un poco absurdo el furor que le entraba muchas veces al ver las injusticias del pueblo? ¿No estaba también determinado, no era fatal el que su cerebro tuviera una irritación que le hiciera protestar contra aquel estado de cosas violentamente?

El caso es que el positivismo dominó gran parte de la cultura europea durante un siglo. Cabe destacar tres rasgos de esta compleja corriente de pensamiento:

1. Se reivindica el primado de la ciencia: solo conocemos aquello que nos permiten

conocer las ciencias. La ciencia es el único medio de solucionar todos los problemas individuales y sociales que agobian a los hombres.

2. Nace la Sociología, valorada como la más importante de las ciencias. Su objeto de estudio serán las relaciones humanas.
3. Se extiende un optimismo general, basado en la certidumbre de un progreso imparable que avanza hacia un bienestar generalizado, en una sociedad pacífica y llena de solidaridad entre los hombres.

El positivismo se cree en posesión de toda la verdad, y pasa por alto lo que Dostoiewski denominaba la mitad superior del ser humano, ese complejo mundo de la interioridad personal. De los positivistas se puede decir, con palabras de Antonio Machado, que *desprecian cuanto ignoran*. Precisamente Einstein, al escoger la palabra *misterio* para expresar la incalculable racionalidad del universo, observó que ahí se encontrará siempre el punto débil de los positivistas.

No es necesario repetir que la verdad científica no es toda la verdad. Esa mitad superior del ser humano siempre estará por encima de los fríos datos objetivos del laboratorio. Ernesto Sabato lo resume admirablemente:

La versión integral de la realidad no es, como tantas veces se supone, el puro objeto, sino esa complejísima trama de lo objetivo y lo subjetivo que constituye la existencia.

Existen múltiples ejemplos. Para la objetividad, el resultado de una guerra se puede resumir en estas palabras de la prensa:

En cuarenta días de guerra y cien horas de ofensiva terrestre, Estados Unidos y sus aliados han dejado muertos a cien mil soldados iraquíes, y heridos de gravedad a cincuenta mil; han hecho casi doscientos mil prisioneros; han destrozado cuarenta y una de las cuarenta y dos divisiones de Sadam y liquidado la Marina, gran parte de la aviación y casi todo el armamento blindado iraquí, además de destruir centrales eléctricas, edificios oficiales, centros informáticos, depósitos de combustible, aeropuertos, puentes, nudos de comunicación y otros muchos millares de objetivos estratégicos. Todo esto lo consiguieron los aliados con un número de muertos inferior al que hubo en las carreteras españolas en el último puente de Navidad.

Suponiendo que sean verdaderas las mencionadas cifras sobre la Guerra del Golfo

(1991), hay que aclarar que los datos no son toda la verdad. Entre otras cosas porque, también para los vencedores, «cualquier coste en vidas está por encima de nuestra capacidad de valorar». Porque un soldado muerto es mucho más que un número menos en el total de combatientes. Era un simple muchacho nervioso y con miedo, una figurilla insignificante en el desierto, pero tenía detrás centenares, millares de antepasados, siglos innumerables de herencia. Y le iban a seguir muchas generaciones... Un diminuto trozo de metal bastó para acabar con todo. Cada soldado caído tuvo una historia diferente, privada. Cada uno tuvo que interrumpir un amor, una ilusión, una esperanza. Y todo eso no puede ser reflejado de ninguna manera, ni siquiera por la más escrupulosa objetividad.

Está claro que el enorme prestigio del conocimiento científico, bien merecido por sus benéficas y asombrosas conquistas, entraña el riesgo del cientificismo: la pretensión de absolutizarlo. Karl Popper califica esta pretensión como materialismo promisorio. Y aclara que, aunque un científico pueda albergar dicha pretensión, no actúa entonces como científico, sino como un profeta enmascarado de científico.

## 6. *TRES TRAMPAS HABITUALES*

La verdad siempre ha de abrirse camino entre obstáculos. Hoy, tres de los más habituales son los tópicos falsos, el relativismo y lo políticamente correcto. Vamos a acercarnos a ellos por medio de tres ejemplos.

«Ya sabéis que Galileo murió en la hoguera, condenado por la Inquisición medieval, por decir que la Tierra era redonda». Claro que lo saben. Todo el mundo lo sabe. Pocos analfabetos habrá en Europa que no conozcan el famoso «caso Galileo». Así pues, todos asienten y el profesor continúa: «Sin embargo, Galileo no vivió en la Edad Media, no fue quemado en la hoguera y jamás discutió con nadie la redondez de la Tierra». Se hace un silencio de estupor, y alguien susurra que «este tío se está quedando con nosotros o ha vuelto a beber». La realidad es que el profesor ha jugado deliberadamente al desconcierto, formulando al principio un tópico falso y revelando a continuación la verdad.

Como declaración de principios se puede decir que la filosofía busca la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. Pero la realidad es compleja, difícil de racionalizar en esquemas simples, y eso hace que los encargados de reflejarla —medios de comunicación e intelectuales— tiendan a simplificarla para hacerla comprensible al gran público. Triunfan así los **tópicos**, esas ideas simples ampliamente difundidas, cuyo éxito consiste en expresar sencillamente una idea compleja. Sin embargo, la sencillez no siempre refleja la verdad: para muchos norteamericanos, los españoles somos toreros o guitarristas, y todas las españolas bailan flamenco.

Cuando se transmiten altos contenidos culturales o éticos, la simplificación a costa de la verdad suele acarrear peligrosas consecuencias. Así, por ejemplo, entender la tolerancia como indiferencia, concebir la felicidad como liberación sexual, identificar el carácter relativo de la verdad con el relativismo, ver en la ruptura de graves compromisos personales una manifestación de libertad madura, defender una libertad desvinculada de toda responsabilidad, pensar que la conciencia moral es un pegote cultural ya superado, identificar religión con represión, explicar la realidad toda en clave materialista, etc.

En los cimientos de la cultura media ambiental solemos encontrar tópicos que suponen un alimento intelectual de fácil digestión. Pero, en la medida en que expresan errores o medias verdades, su nivel de aceptación es equivalente a su nivel de manipulación. Un buen ejemplo es la convicción actual de que todo es relativo. El **relativismo** tiene cierto fundamento real, ya que el mundo es una compleja red tejida con hechos, cosas y personas que se relacionan en el espacio y en el tiempo: todo es relativo a un antes, a un después, a un encima, debajo, al lado, cerca, lejos, dentro, fuera. Todo está relacionado, vinculado con algo.

Pero relativo y relativismo no significan lo mismo, porque lo relativo también es objetivo: esta chica es objetivamente una mujer, pero también es objetivamente madre respecto a sus hijos, esposa respecto a su marido, hija respecto a sus padres, enfermera para sus pacientes, votante para los partidos políticos. Y cada uno debe tratarla como lo que objetiva y relativamente es: el enfermo no puede tratarla como si fuera su mujer, y el marido no puede tratarla como enfermera ni como hija.

Así pues, las relaciones reales no son subjetivas ni arbitrarias. El hombre libre puede escoger entre diferentes verdades que iluminan su conducta con diferente intensidad. Pero, si escoge el relativismo, suprime la validez objetiva de las verdades y abre la puerta al «todo vale», por donde siempre podrá entrar lo irracional. El relativismo, al sustituir las relaciones reales por las subjetivas, al concebir de forma subjetiva la verdad y el bien, es una forma equivocada de entender la vida.

Si la verdad fuera subjetiva, el violador, el traficante de droga y el asesino podrían estar actuando bien. Si la verdad fuera subjetiva, todas las acciones podrían ser buenas acciones. Y también podrían ser buenas y malas a la vez. Si la verdad fuera relativa, la injusticia que se denuncia en los medios de comunicación y se condena en los tribunales no sería denunciabile ni condenable, pues subjetivamente es deseada y aprobada por el que la comete. Con otras palabras: si los juicios éticos solo fueran opiniones subjetivas, todas las leyes podrían estar equivocadas.

Según el poeta **Campoamor**, «En este mundo traidor, / nada es verdad ni mentira, / todo es según el color / del cristal con que se mira». Pero resulta que hay líneas claras de demarcación entre conductas humanas e inhumanas, entre comportamientos lógicos y patológicos. No son imposiciones arbitrarias, sino criterios inteligentes, necesarios como el respirar. Los encontramos en ese fondo común de casi todas las culturas, legislaciones y códigos penales: no robar, no matar, no mentir, no abusar del trabajador, no abusar del niño o de la mujer...

Al simplismo de los tópicos y al abuso del relativismo podemos añadir un tercer atentado contra la verdad, muy propio de nuestra época: La tiranía de **lo políticamente correcto**. En esta ocasión, en lugar de salir a buscar un ejemplo, viene a nuestro encuentro la ideología de género.

¿Se debe legislar contra la discriminación injusta? Por supuesto. ¿Debe haber leyes particulares para cada tipo de discriminación, cuando ya existe una ley general que abarca todos los supuestos? Si se responde afirmativamente, además de promulgar leyes innecesarias, el legislador se enfrenta a la imposibilidad de contemplar todas las posibles formas de discriminación, y entonces la propia legislación se convierte en discriminatoria. Es lo que sucede en las Comunidades Autónomas españolas que han legislado contra la discriminación por orientación sexual, y no contra las demás formas de discriminación.

Además de la orientación sexual, los ciudadanos tienen orientaciones políticas,

musicales, deportivas, religiosas, gastronómicas... El Estado está obligado a respetarlas, pero no deberá imponer como verdadera ninguna en particular, y mucho menos deberá privilegiarla en los planes de educación. Si lo hace, si dicta a los ciudadanos lo que deben hacer o pensar, abusa de su poder.

Respetar a un cristiano, a un budista o a un musulmán no significa creer que sus doctrinas son verdaderas, y ese respeto es compatible con no sentir aprecio por ellas. Cualquiera sabe que respetar no significa aplaudir. Por eso, cuando un colectivo exige ferviente adhesión a su postura, atenta contra una libertad básica y pide un trato de privilegio incompatible con la democracia.

## 7. LA POSVERDAD

Antes de terminar el siglo XX se acuñó el término «posmodernidad» para describir un tipo de sociedad donde cada grupo defiende su verdad y establece su propio lenguaje, sin que sea posible llegar a consensos amplios.

A caballo entre los siglos XX y XXI, la posmodernidad no tiene escuela filosófica ni propuesta ética. Tiene filósofos y sociólogos que intentan explicar lo que ven, levantar acta de los cambios que han experimentado las sociedades y las conductas. No tratan, por tanto, de defender las coordenadas del mundo en el que viven. Se limitan a describir sus novedades, con una imparcialidad que les permite alabar unos aspectos y deplorar otros. Si celebran el fin de las utopías, de las cosmovisiones y de los rigorismos morales, también denuncian la sobredosis de información, el consumismo compulsivo, el individualismo insolidario y la multiplicación de adicciones. Los títulos de sus libros son elocuentes: *La era del vacío*, *El crepúsculo del deber*, *El imperio de lo efímero*, *La sociedad de la decepción*, *Cultura y simulacro*, *Modernidad líquida*, *El pensamiento débil*.

La posmodernidad ya no admite una cosmovisión o «metarrelato», fuente indiscutible de sentido y explicación definitiva de la realidad. El tipo humano posmoderno es relativista, perspectivista y pluricultural: no reconoce la superioridad de ninguna cultura, pues todas le parecen de igual valor. En consecuencia, asume el disenso, los localismos y la disgregación social. El posmoderno busca acuerdos parciales, temporales y siempre revisables, para lograr una convivencia que a veces tiende a ser mera supervivencia.

En 2016, *posverdad* fue elegida palabra del año por el Diccionario Oxford. Según explica el Diccionario, surge la posverdad cuando «los hechos objetivos son menos influyentes en la opinión pública que las emociones y las creencias personales». Es lo que determinó, según parece, la aparatosa victoria de Donald Trump y del Brexit.

A poco que se piense, la novedad de la palabra *posverdad* no va más allá de la palabra, pues la situación a la que nombra es tan vieja como la humanidad. Tucídides observó que la primera víctima de toda guerra es la verdad, y lo mismo podríamos decir de los conflictos económicos, raciales, políticos, emocionales, culturales, jurídicos... **Sócrates** se enfrentó durante toda su vida a la posverdad de los sofistas. Si queremos imitarle, chocaremos, como él, contra una mayoría que siempre ha preferido dejar de indagar y declarar que la verdad no existe. Los griegos llamaron a esa postura *escepticismo*.

«¿Por qué no dejo de destrozar mi vida buscando respuestas que jamás voy a encontrar, y me dedico a disfrutarla mientras dure?», se pregunta el escéptico Woody

Allen. Y es que llegar a verdades importantes, además de requerir tiempo y esfuerzo, es algo que no está garantizado. Un repaso a la Historia pone de manifiesto que, a menudo, los seres humanos hemos aceptado como verdades lo que no eran sino errores, y a veces disparates. Por eso, lo que ahora llamamos *posverdad* viene a ser el viejo puerto donde ese buscador frustrado se ha refugiado a menudo, tras el duro combate por aclararse en la vida.

La posverdad es lo que queda de la verdad en los tiempos posmodernos, donde se han vuelto líquidos los sólidos pilares que habían sostenido hasta entonces la identidad del individuo: Estado fuerte, familia estable, empleo indefinido, finalidades claras... La sustancia de la sociedad posmoderna es una mezcla de movilidad, incertidumbre y valores relativos, con acuerdos temporales y pasajeros, válidos solo hasta nuevo aviso. Ese «fin de la era del compromiso mutuo» obliga al individuo a adaptarse constantemente, a reinventarse varias veces a lo largo de su vida, a sufrir la provisionalidad crónica de su personalidad.

## 8. *DE LA POSVERDAD AL POSDEBER*

La renuncia posmoderna a la verdad supone la paralela renuncia a identificar lo que es bueno. Y entonces el problema se agrava porque entramos en el terreno minado del todo vale. Gilles **Lipovetsky**, uno de los grandes abanderados de la posmodernidad, lo ha resumido brillantemente: «La obligación ha sido reemplazada por la seducción; el bienestar se ha convertido en Dios y la publicidad, en su profeta».

Desde la Revolución Francesa, el deber moral fue separado de su fundamento divino y solo quedó apoyado en un fundamento civil. Un paso más lo constituyó la pretensión del superhombre: Sustituir el deber por el individualismo, e implantar sobre su tumba el reinado de la real gana. De ahí que, a los ojos de los actuales herederos de Voltaire, toda ética basada en el deber aparezca como imposición rigorista e intransigente, dogmática, fanática y fundamentalista, saturada por el imperativo desgarrador de la obligación moral. Como dice Lipovetsky en *El crepúsculo del deber*, hemos entrado en la época del posdeber, en una sociedad que desprecia la abnegación y estimula sistemáticamente los deseos inmediatos.

**Woody Allen** plasma a la perfección este Nuevo Mundo donde solo se otorga crédito a las normas indoloras, a la moral sin obligación ni sanción. Con un estreno anual desde *Toma el dinero y corre* (1969), propaga incansablemente la inversión moral por la que suspiraron **Nietzsche** y **Freud**, padres de la posmodernidad, tal vez abuelos.

La mayoría de sus guiones presentan una inteligente y risueña justificación del sinsentido existencial y la infidelidad conyugal. Son historias donde los personajes se casan, se lían, se divorcian, se deprimen..., se casan de nuevo, se lían de nuevo, se divorcian de nuevo, se deprimen de nuevo... Se trata de vidas donde cualquier idea sobre el deber o la responsabilidad es sofocada por una maleza de deseos y sentimientos que crecen sin control. Así, en la contraportada del guión de *Hannah y sus hermanas*, publicado por Tusquets, se puede leer la expresión exacta de esa completa amoralidad. La perla dice:

Nada de lo que aquí hacen o dejan de hacer los personajes está bien o mal hecho, pues todos se conducen según sus propias debilidades.

Como buen posmoderno, Woody Allen tiene alergia al deber moral. Una aversión que le incapacita para ese compromiso estable que llamamos fidelidad. Y esa incapacidad pasa una enojosa factura: el guionista y sus personajes suelen acabar en el sillón del psiquiatra, mareados por los vientos cambiantes de sus propios caprichos. Quieren ser felices —como todo el mundo—, pero lo quieren a toda costa y a costa de los demás, que van a ser usados y manoseados como objetos de placer. Woody Allen intuye que la clave de la felicidad es el amor, y no se equivoca, pero su cabeza freudiana entiende por

amor hacer el amor y poco más. Así —de forma irrefutable y sin pretenderlo—, nos demuestra que el placer es solo un ingrediente de la felicidad. Pero un ingrediente que ni siquiera es necesario, porque, cuando pretendemos alcanzar la plenitud por el atajo del placer, esa plenitud se nos escapa.

Los predicadores de la desvinculación moral siempre han soñado con la muerte del deber y el nacimiento del individualismo responsable. Pero el vacío dejado por el deber ha mostrado deficiencias estructurales. Lipovetsky reconoce que la anestesia del deber contribuye a disolver el necesario autocontrol de los comportamientos y a promover un individualismo conflictivo. Cita como ejemplos elocuentes la durísima competencia profesional y social, la proliferación de suburbios donde se multiplican las familias sin padre, los analfabetos, los miserables atrapados por la gangrena de la droga, las violencias de los jóvenes, el aumento de las violaciones y los asesinatos. Son efectos de una cultura —dice— que celebra el presente puro estimulando el ego, la vida libre, el cumplimiento inmediato de los deseos.

Lipovetsky advierte que en la resolución de esos conflictos nos jugamos el porvenir de las democracias: «No hay en absoluto tarea más crucial que hacer retroceder el individualismo irresponsable». Si su libro *El crepúsculo del deber* se abría con un optimismo que sonaba a música celestial compuesta para la coronación del buen salvaje, doscientas páginas después el autor empieza a desdecirse y denuncia las trampas de la razón posmoralista, apela con todas sus fuerzas a la ética aristotélica de la prudencia, observa que en todas partes la fiebre de autonomía moral se paga con el desequilibrio existencial, y reconoce abiertamente que la solución a nuestros males «exige virtud, honestidad, respeto a los derechos del hombre, responsabilidad individual, deontología».

### III

## FILOSOFÍA CON LITERATURA



## 9. JACK LONDON Y NIETZSCHE

Una vez demostrado, quizá tras largos meses, que la filosofía está muy lejos de ser un cuento chino, es el momento de aumentar su prestigio. Entre las formas más interesantes de conseguirlo está la afirmación de que sin ella no se entiende la mitad de lo que se lee. No es que no entiendas a los filósofos o a los ensayistas subidos: Es que también se te escapan los mejores poetas, dramaturgos y novelistas. Porque los mejores son los que mejor bucean en la condición humana, pero la explicación cabal de la condición humana es la tarea propia de la filosofía. Se podría citar en clase a Homero, Sófocles, Shakespeare, Borges, Orwell o Dostoievski, y explicar por qué la comprensión de sus obras fundamentales necesita la iluminación filosófica.

Si los alumnos son poco lectores, se puede hablar de **Jack London**, al que conocerán porque *Colmillo blanco* o *La llamada de lo salvaje* son lecturas típicas de la adolescencia. Puede que nadie haya leído a Sófocles, pero la mitad habrá leído a London. Y aquí puede comenzar una pacífica provocación: ¿Por qué no leéis, de este autor, *El lobo de mar*? La propuesta se lanza en diciembre, con la idea de leer *El lobo* en Navidad y comentar la obra después de vacaciones. Y cuando la clase acepta la sugerencia, al comenzar el nuevo año y volver a las aulas te confirman que no han sido defraudados. Reconocen que han leído una magnífica novela de aventuras, protagonizada por la tripulación de una goleta dedicada a la caza de focas. ¿Solo una novela de aventuras? Y entonces te miran con asombro cuando les dices que el causante de ese relato es Nietzsche.

Como es lógico, Nietzsche les suena, pero nada más. Y aseguran que no aparece en ninguna página de *El lobo de mar*. El profesor insiste en que aparece en casi todas..., sencillamente porque London quiso novelar la teoría nietzscheana del superhombre. Explíquese un poco más... Con mucho gusto. Nietzsche, al constatar que el hombre, después de siglos de progreso, sigue sin ser feliz, sienta en el banquillo a la razón y lanza contra ella la acusación de incompetencia y de impostura. Si la conducta racional no alcanza la felicidad, ¿por qué no intentar los caminos irracionales? Y **Nietzsche** escribe:

Durante demasiado tiempo, el hombre ha contemplado con malos ojos sus inclinaciones naturales, de modo que han acabado por asociarse con la mala conciencia. Habría que intentar lo contrario, es decir, asociar con la mala conciencia todo lo que se oponga a los instintos, a nuestra animalidad natural. ¿Pero quién es lo bastante fuerte para ello? Algún día, sin embargo, en una época más fuerte que este presente corrompido, vendrá un hombre redentor, que nos liberará de los ideales y será vencedor de Dios y de la nada.

Lo propio del superhombre no será la fuerza física, sino el hecho revolucionario de

situarse por encima del bien y del mal.

Existe un feroz dragón llamado *tú debes*, pero contra él arroja el superhombre las palabras *yo quiero*.

Hasta hoy no se ha experimentado la más mínima duda o vacilación al establecer que lo bueno tiene un valor superior a lo malo. ¿Y si fuese verdad su contrario?

Este es el problema que plantea la *Genealogía de la moral*. En ella reflexiona Nietzsche sobre los mecanismos psicológicos que iluminan el origen de los valores. Parte de la convicción de que la moral es una construcción ideológica para dominar a los demás. En concreto, un invento de los débiles para sojuzgar a los fuertes. Más en concreto, una venganza intelectual de los judíos contra sus enemigos y dominadores. Con los judíos comienza la rebelión de los esclavos, la inversión de los valores de los vencedores. Desde que los judíos inventan la religión y el más allá, los poderosos son malos, y los hombres vulgares son buenos. El cristianismo hereda esta corrupción judía del odio contra los buenos. Hasta que llega Nietzsche. Con él se desvanecerán las mentiras de varios milenios, y el hombre se verá libre del autoengaño de la ilusión.

El superhombre ama la vida y vuelve la espalda a las quimeras del cielo. No es un individuo, sino el símbolo de la nueva raza que encarnará la voluntad de poder y estará más allá del bien y del mal. La raza de la bestia rubia que duerme en el fondo de todas las razas aristocráticas. Él destruirá y creará los valores, como César, como Barbarroja, como Napoleón. «Ahora es cuando la montaña del devenir humano se agita con dolores de parto. Dios ha muerto: ¡viva el superhombre!».

El propósito de Nietzsche es suprimir la última garantía de los valores. Por eso dice por boca de su Zaratustra:

¡Os conjuro, hermanos míos: permaneced fieles a la tierra, y no deis fe a los que hablan de esperanzas sobrenaturales! En otras ocasiones el delito contra Dios era el mayor de los maleficios, pero Dios ha muerto. Ahora lo más triste es pecar contra el sentido de la tierra.

Un nuevo deber nos llama a la autoafirmación biológica, a la victoria de los señores sobre los esclavos. Nietzsche sueña con una aristocracia de la violencia, y se opone al ideal de igualdad buscado por el socialismo y la democracia: «El hombre gregario pretende ser hoy en Europa el único hombre autorizado, y glorifica sus propias cualidades de ser dócil, conciliador y útil al rebaño».

Es conveniente recordar que el influjo de estas ideas en el nazismo es un hecho demostrado. Nietzsche no fue nazi ni antisemita, pero la violencia de su lenguaje y la imprecisión de su ideal dieron todas las facilidades para su manipulación. Cuando menos,

se ha dicho, hay una profunda irresponsabilidad histórica en Nietzsche.

¿No es cierto que ahora se entiende mucho mejor *El lobo de mar*? ¿Acaso no es Lobo Larsen, capitán de la goleta, la encarnación del superhombre? El capitán Larsen, con dominio absoluto sobre una tripulación integrada por marineros y cazadores de focas, ve la vida igual que Nietzsche: «como una agitación confusa. Como una levadura o un fermento que se mueve una hora, un año o un siglo, y que al final dejará de moverse. El pez grande se come al chico para seguir moviéndose; el fuerte al débil para conservar su fuerza». También los hombres «se mueven para comer y comen para moverse. Viven para su vientre, y su vientre vive para ellos. Es un círculo vicioso que no llega a ninguna parte. Al final, se paran y no se mueven más: están muertos».

Los valores morales no existen para Lobo Larsen, y son radicalmente reducidos a la condición de pegote cultural adherido a la personalidad por medio de la educación recibida. En una ocasión, desarmado frente a un hombre que le apunta con una pistola y que tenía motivos para matarle, le dice fríamente:

¿Por qué no disparas? No te lo impide el miedo, sino la impotencia. Tu moral es más fuerte que tú. Eres esclavo de las opiniones que has leído en los libros y sostienen las personas que te han educado. Desde que aprendiste a hablar, te han metido en la cabeza un código que te impide matar a un hombre indefenso. En cambio, sabes que yo mataría a un hombre desarmado con la misma tranquilidad con que fumo un cigarrillo.

Lobo Larsen no advierte que su amoralidad también está condicionada por la educación recibida. Pero Jack London no pasa por alto ese detalle que da la clave de su encefalograma moral plano:

¿Quieres que te hable de las penurias de mi vida de niño? ¿De cómo salí en barco desde que andaba a gatas? ¿De cómo mis hermanos, uno tras otro, se fueron a la granja de aguas profundas y no volvieron jamás? ¿De mí mismo, grumete analfabeto a los diez años, en los barcos de cabotaje? ¿De aquella vida en la que los golpes eran nuestro desayuno y nuestro lecho? El miedo, el odio y el sufrimiento eran las únicas experiencias espirituales. Detesto recordar. Me vuelvo loco cuando pienso en aquellos tiempos.

La goleta de Lobo Larsen es la sociedad en miniatura que **Jack London** elige para mostrar en qué se convierte una sociedad real gobernada por el superhombre:

Los cazadores de focas seguían discutiendo y vociferando como una raza anfibia, semihumana. El aire estaba saturado de maldiciones y obscenidades. Veía sus caras congestionadas e iracundas, con un aspecto brutal distorsionado por la débil luz amarilla del farol que oscilaba al ritmo del barco. A través del espeso

humo, las literas parecían los cubiles donde duermen los animales de un zoo.

Lobo Larsen acabó mal, como si el sueño del superhombre hubiera producido la realidad de un supercafre. Jack London confiesa que lo sabía de antemano: «Al empezar mi carrera de escritor atacé a Nietzsche y a su idea del superhombre. Fue en *El lobo de mar*».

## 10. SHAKESPEARE Y DOSTOIEVSKI

¿Y no podría darse una sociedad de superhombres felices? Aunque los jóvenes alumnos de filosofía ni siquiera lo sospechen, esta posibilidad ha sido considerada con frecuencia a lo largo de la historia. Considerada y ensayada por clásicos de la literatura. **Shakespeare**, por ejemplo, escribe *Macbeth* como un ensayo general sobre la condición humana sumida en la inversión de valores que anuncian las brujas en el primer acto: «lo bello es feo, y lo feo es bello». Para alcanzar la corona de Escocia hay que violar la conciencia por la vía de los hechos: el asesinato del rey.

Macbeth asesina, pero su conciencia no estaba entre las víctimas. Se diría, por el contrario, que fue despertada y alarmada con tal atentado. Y alzó su voz hasta convertirse —con palabras del propio asesino— en potro de tortura insoportable. Entonces, Supermacbeth empieza a desear no haber nacido, y que la máquina del universo estalle para siempre en mil pedazos. Por eso dice cosas como las siguientes: «Estoy saciado de atrocidades», «la vida es tan solo una sombra que pasa. ¡Extínguete, fugaz antorcha!», «comienzo a estar cansado ya del sol. Quisiera ver destruido el orden de este mundo».

Culpable como su esposo, lady Macbeth resistirá menos y morirá loca. El médico real había emitido un diagnóstico certero: «Los actos contra la naturaleza engendran disturbios contra la naturaleza». Para escribir esto, Shakespeare no necesitó saber que Nietzsche también murió loco. La tragedia personal de esta pareja consiste en la culpabilidad que comparte, siendo esta sensación de culpa precisamente lo que más les separa. Cada uno vive, tras el asesinato, en su propio infierno, y les resulta imposible comprenderse o ayudarse mutuamente. Para Macbeth, el mundo ha perdido todo sentido: «la historia no es más que el camino que recorremos los necios sobre las cenizas de la muerte», y «la vida es un cuento sin sentido narrado por un idiota».

Hay que reconocer que, cuando nace Nietzsche, el superhombre ya estaba en el ambiente. En 1865 había aparecido en la escena rusa Rodian Raskolnikov, decidido a demostrar a hachazos su superhombria. **Dostoievski** nos lo presenta en *Crimen y castigo* como un joven estudiante de Derecho obsesionado por demostrarse a sí mismo que pertenece a una clase de hombres superiores, dueños absolutos de su conducta, por encima de toda obligación moral. Raskolnikov elige una definitiva prueba de superioridad: cometer fríamente un asesinato y conceder a esa acción la misma relevancia que se otorga a un estornudo o a un paseo. Dicho y hecho: una vieja usurera y su hermana caen bajo el hacha del homicida. Él mismo dirá que «no era un ser humano lo que destruía, sino un principio». Y asegura no tener remordimiento alguno por tal acción:

¿Mi crimen? ¿Qué crimen? ¿Es un crimen matar a un parásito vil y nocivo? No puedo concebir que sea más glorioso bombardear una ciudad sitiada que matar a hachazos. Ahora comprendo menos que nunca que pueda llamarse crimen a mi acción. Tengo la conciencia tranquila.

Lo cierto es que la vida de Raskolnikov se va tornando desequilibrada, sufre episodios de enajenación mental y acaba en la cárcel. Sin embargo, su postura no ha cambiado: en ningún momento reconoce la inmoralidad de su doble asesinato. Su posición inamovible parece aproximarle al superhombre que quiere ser. Pero Dostoievski nos desengaña pronto: deja entrever que la conciencia de Raskolnikov estaba tranquila porque estaba estropeada. Tenía la tranquilidad de lo que está muerto o inservible. Por ello, la balanza moral había dejado de sopesar la magnitud moral de los actos. Al final, lo que queda es la pregunta que Dostoievski formula implícitamente al lector de *Crimen y castigo*: ¿Qué hacemos con un superhombre mentalmente desequilibrado? ¿Merece la pena pagar por el superhombre el precio de un psicópata? Pregunta implícita y retórica, pues la realidad se encarga de contestarla.

Para entender *Macbeth* y *Crimen y castigo* es preciso enmarcar ambas obras en el contexto de un debate a fondo sobre la conciencia moral. Del mismo debate en el que participa el superhombre de Nietzsche. «Sin conciencia no habría sentimiento de culpa, y sin sentimiento de culpa viviríamos felices». Así razonan los que en cualquier época han intentado suprimir la conciencia, como si fuera un residuo anacrónico de épocas ya superadas. Al final, como hemos visto, los grandes personajes literarios que han intentado sepultar la conciencia han pagado siempre las consecuencias de semejante enormidad. Sus vidas trágicas nos enseñan que nadie debe amordazar la conciencia con la esperanza de triunfar, pues fuera de la ley moral no se hacen más grandes: al contrario, se sienten atrapados en un cerco que cada vez se estrecha más. El hombre sin conciencia suele acabar como una bestia acorralada.

## 11. WILLIAM GOLDING

Un avión cae sobre una isla desierta, que resulta poblada desde ese momento por los supervivientes: una treintena de chiquillos de seis a doce años. A partir de ese accidente, el Nobel Golding escribe las peripecias de los críos para sobrevivir y organizarse. Y en clase se repite la historia pedagógica de *El lobo de mar*: El profesor de filosofía propone su lectura, y, cuando todos han leído el pequeño relato, el debate público pone de manifiesto que las aventuras y desventuras de los protagonistas solo son la punta del iceberg. Porque cuando **William Golding** escribe *El Señor de las Moscas*, lo que plantea es nada menos que el misterio del mal, de la maldad humana. Hay en todas sus páginas una reflexión implícita sobre las deficiencias y posibilidades de la condición humana: el nacimiento de la sociedad en equilibrio inestable entre la solidaridad y el egoísmo, el sentido de la vida, la felicidad, la violencia, el más allá, la irracionalidad...

La filosofía define al hombre como animal social, y explica los elementos que constituyen las sociedades humanas: autoridad, legalidad, división de funciones y un fin común. Esos elementos necesarios aparecen en el relato de Golding desde la primera página: «Deberíamos tener un jefe que tome las decisiones». Y aparece también desde el principio el afán de dominio, que se irá transformando peligrosamente en pasión de poder: «Debo serlo yo —dijo Jack con sencilla arrogancia—». Pero los muchachos eligen a Ralph. Lo inmediato será repartirse el trabajo y establecer pautas básicas de comportamiento: un grupo de cazadores que consiga carne; un turno para mantener encendida la hoguera; las rocas no son los retretes; no se puede bajar lumbre de la montaña; se convocarán asambleas haciendo sonar una caracola.

La caracola y la hoguera simbolizan lo que hace de un grupo humano algo muy superior a una manada o un rebaño. La caracola representa la autoridad aceptada por todos, necesaria donde coexisten intereses diversos. La hoguera se enciende para ser vista desde lejos y facilitar el rescate, pero también significa la propuesta de un horizonte vital más allá de la mera satisfacción de las necesidades biológicas. Ahí está la tarea común: humo en la cumbre, para ser vistos y rescatados. Todo lo demás es secundario, y, en la medida en que se debilita el fin común, la sociedad se desmorona.

La pequeña sociedad se construye sobre unas pocas reglas elementales. Pero también desde el principio surge el particularismo, el desinterés por lo común, y un corrosivo afán de poder localizado en Jack. Las cosas empiezan a torcerse. Lentamente va creciendo la tensión. Los niños, antes amigos, se preguntan qué es lo que pasa. Un día los cazadores olvidan su turno de vigilancia de la hoguera y el fuego se apaga. Un avión sobrevuela la isla y pasa de largo: no había hoguera ni columna de humo. Ralph, el jefe, tiene que hablar claramente:

—La hoguera es la cosa más importante de esta isla. ¿Cómo nos van a rescatar si no tenemos un fuego encendido? Podéis reír, pero os aseguro que ese humo es mucho más importante que un jabalí, por muchos que matéis.

La caza cubre las necesidades básicas. Pero el hombre necesita ser rescatado de su condición animal. Muchos jabalíes cazados no son más importantes que la hoguera porque no aportan nada al sentido de la vida. Y estalla la tormenta. Por la caza rompen los cazadores las reglas de juego y Ralph se ve en la obligación de recordarles que «las reglas son lo único que tenemos», es decir, lo único que nos separa de la selva y nos permite vivir como hombres. Y también lo único que nos defiende del caos y de la tiranía del más fuerte. Pero Jack piensa de otro modo:

—¡Al diablo las reglas! Somos fuertes, cazamos...

En el fondo, la hoguera solo es defendida por uno. Pero también es uno el que apuesta decididamente por la caza. Dos líderes dividen y mueven a toda una masa anónima. Y empieza la hostilidad abierta entre ambos bandos. Los cazadores cometen un primer asesinato y quedan atrapados en el vértigo de su propia violencia. El ambiente, dominado por los violentos, es tan asfixiante que los pacíficos se pasan al bando de Jack y dejan solos a Piggy y Ralph. También estos, «bajo la amenaza del cielo, sintieron ganas de pertenecer a aquella comunidad desquiciada, pero hasta cierto punto segura». Una observación plenamente actual, pues la soledad es tan dura que hace preferible en muchos casos plegarse a grupos marginales inhumanos, a pandillas de comportamiento irracional. Se puede estar en desacuerdo con la mayoría, pero la mayoría puede ofrecer una sensación de seguridad que haga insoportable la lucha en solitario.

También resulta insoportable la realidad del primer asesinato. Por eso, cuando Ralph se refiere a él, Piggy le responde chillando:

¿Te quieres callar? ¿Qué vas a sacar con decir esas cosas? Estaba todo oscuro. Y los relámpagos y truenos, y la lluvia. ¡Estábamos asustados! Podía haber pasado cualquier cosa. No fue... eso que tú has dicho. A lo mejor todavía está... A lo mejor solo fingía... Fue un accidente: eso es lo que fue, un accidente. ¿A quién se le ocurre salir arrastrándose así de la oscuridad? Estaba chiflado. Él mismo se lo buscó.

Respuesta que constituye un excelente modelo de autojustificación. Piggy no quiere ni hablar del tema y pierde los nervios. Después, reconoce el hecho, pero lo justifica y no se atreve a llamarlo por su nombre. El tercer paso es cambiar la misma naturaleza del hecho: accidente en lugar de asesinato. El último paso de su grotesca desfiguración de la verdad será convertir a la víctima en culpable: «Estaba chiflado. Él mismo se lo buscó».

Piggy no podía imaginar que él sería pronto la siguiente víctima de la irracionalidad desatada. «La roca dio de lleno sobre el cuerpo de Piggy, desde el mentón a las rodillas. La caracola estalló en un millar de blancos fragmentos y dejó de existir. Piggy, sin una

palabra, sin tiempo ni para un lamento, saltó por los aires, al costado de la roca, girando al mismo tiempo». El asesinato de Piggy es el primer acto consciente y plenamente perverso. Por eso se rompe la caracola, pulverizada. Ya se había roto la obediencia a las leyes y a la autoridad, pero la caracola seguía intacta. Ahora lo que se quiebra es el mismo orden moral, al atentar contra el criterio definitivo que indica el bien y el mal. Con la quiebra del orden moral, último cimiento del orden social, la desintegración social es irreparable y definitiva.

Luego le llega el turno a Ralph, y Jack, con maldad, con la peor intención, arrojó su lanza contra Ralph. La tribu, que gritaba con la misma violencia que su jefe, avanzó hacia él. Sintió junto a su mejilla el zumbido de otra lanza, y después otra, arrojada desde lo alto por Roger. A Ralph le sacudió un espasmo de terror y exclamó en voz alta: «No. No son de verdad tan malos. Fue un accidente». Si la maldad humana es evidente, ¿por qué resulta tan desconcertante y difícil de entender? Antes había preguntado Ralph a Jack: «¿por qué me odias?», y ahora no puede creer que quieran asesinarle. Se resiste a admitir ese odio salvaje en los que habían sido sus amigos. Si la maldad humana es desconcertante, quizá lo sea porque el hombre lleva grabado en lo más profundo de su personalidad el mandato de hacer el bien y evitar el mal. Si no fuera así, ninguna de sus acciones desconcertaría a otros ni escocería con el remordimiento.

Golding, Shakespeare, London o Dostoiewski no son unos teóricos con imaginación y buena pluma. Hay en sus páginas un conocimiento exhaustivo de la naturaleza humana, quizá porque vivieron situaciones límite y pudieron tocar el corazón de las tinieblas. También por ello, dicen la verdad. Y la verdad es que la vida es el desfile incesante de unos pocos modelos constantemente repetidos: el hombre justo y el injusto, el amigo y el enemigo, el tolerante y el dogmático, el pacífico y el violento, el mentiroso y el veraz, el solidario y el egoísta, el libre y el gregario, el que trabaja y el que disimula, el que respeta las leyes y el que se ríe de ellas.

## ***12. EL MISTERIO DEL MAL***

Acabamos de ver la evidencia abrumadora del mal. Lo que no es evidente de ninguna manera es el sentido que pueda tener. Un sentido misterioso, que apunta necesariamente a la trascendencia. De hecho, la reflexión sobre el mal es inseparable de todo lo que digamos sobre Dios. Es el gran argumento del ateísmo, pero, a la vez, su carácter demoleedor y misterioso hace que solo un Dios pueda explicarlo y vencerlo. Ya **Platón** puso en boca de Sócrates que los dioses son, por definición, causa de todas las cosas buenas que vemos en el mundo, y que la causa de las malas hay que buscarla en otro origen, nunca en la Divinidad.

De entrada, para simplificar esta confusa cuestión, conviene recordar que el hombre es responsable de una buena parte de los males que soporta, y de esa buena parte debe quedar excluida la responsabilidad divina. Una queja de Zeus en la *Odisea* así lo manifiesta: «¡Ay, cómo culpan los mortales a los dioses!, pues de nosotros, dicen, proceden los males. Pero también ellos por su estupidez soportan dolores más allá de lo que les corresponde». Estas palabras de **Homero** se anticiparán siempre a la historia, pues son los hombres quienes han inventado los potros de tortura y las cámaras de gas, la esclavitud, los látigos, los cañones y las bombas.

En cualquier caso, ¿por qué permite Dios el mal? Sin resolver el misterio de esta cuestión, una respuesta clásica dice que Dios puede no crear seres libres, pero, si los crea, no puede impedir que hagan el mal: ha de respetar las reglas que Él mismo ha puesto. Otra de las respuestas tradicionales afirma que, aunque el mal no es querido por Dios, no escapa a su providencia: es conocido, dirigido y ordenado por Él a algún fin. Todo lo que para nosotros es incierto, incomprensible y azaroso está en Su mano.

En este sentido cuenta **Viktor Frankl** que, en su clínica psiquiátrica de Viena, en una sesión de terapia de grupo, preguntó si un chimpancé al que se había utilizado para producir el suero de la poliomelitis y, por tanto, había sido inyectado una y otra vez, sería capaz de aprehender el significado de su sufrimiento. Al unísono, todo el grupo contestó que no, rotundamente. Debido a su limitada inteligencia, el chimpancé no podía introducirse en el mundo del hombre, que es el único mundo donde se comprendería su sufrimiento. Entonces, el psiquiatra continuó formulando las siguientes preguntas: ¿Y qué hay del hombre? ¿Están ustedes seguros de que el mundo humano es el punto final en la evolución del cosmos? ¿No es concebible que exista la posibilidad de otra dimensión, de un mundo más allá del mundo del hombre, un mundo en el que la pregunta sobre el significado último del sufrimiento humano obtenga respuesta?

Aunque el dolor puede parecer un regalo siniestro, muchos pensadores han visto en él una gran oportunidad para rectificar una mala conducta, o para mostrar lo mejor de uno

mismo. En *The problem of pain*, **C. S. Lewis** supone que Dios nos grita por medio de nuestros dolores: los usa como megáfono para despertar a un mundo sordo. Una mala persona, dice el mismo autor, no siente la necesidad de corregirse mientras la vida le sonríe. En cambio, el sufrimiento destroza la ilusión de que todo marcha bien, «es la única oportunidad que el hombre injusto tiene de corregirse: porque quita el velo de la apariencia e implanta la bandera de la verdad dentro de la fortaleza del alma rebelde».

Lo cierto es que, si Dios es bueno y todopoderoso, Él aparece como último responsable del triunfo del mal, al menos por no impedirlo. Y, entonces, la historia humana se convierte en el juicio a Dios. Hay épocas en las que la opinión pública sienta a Dios en el banquillo. Ya sucedió en el siglo de Voltaire. Y sucede ahora. Cuando el periodista **Vittorio Messori** interpela sobre este punto al obispo de Roma, la respuesta del Pontífice, sin suprimir el misterio de la cuestión, es de una radicalidad proporcionada a la magnitud del problema. Podemos leerla en el libro *Cruzando el umbral de la esperanza*.

El Dios bíblico entregó a su Hijo a la muerte en la cruz, recuerda **Juan Pablo II**. ¿Podía justificarse de otro modo ante la sufriente historia humana? ¿No es una prueba de solidaridad con el hombre que sufre? El hecho de que Cristo haya permanecido clavado en la cruz hasta el final, el hecho de que sobre la cruz haya podido decir como todos los que sufren: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?», ha quedado en la historia del hombre como el argumento más fuerte. «Si no hubiera existido esa agonía en la cruz, la verdad de que Dios es Amor estaría por demostrar».

# IV EDUCACIÓN SENTIMENTAL



### ***13. POLICROMÍA SENTIMENTAL***

En una de sus novelas nos cuenta **Tim O'Brien** que las cartas que llevaba el teniente Jimmy Cross en Vietnam estaban firmadas «con amor, Martha», pero el teniente Cross comprendía que «amor» era solo un modo de despedirse, y no significaba lo que él a veces quería creer. A pesar de todo, no perdía las esperanzas. Por eso guardaba las cartas en el fondo de la mochila. Y al caer la tarde, después de un día de marcha, las desenvolvía con cuidado y pasaba la última hora de luz soñando con Martha. El teniente Cross, que se jugaba la vida minuto a minuto en la jungla, estaba enredado por el más fuerte y común de los sentimientos humanos, el más complejo, el menos manejable. Podía no pensar en la muerte que le pisaba los talones, pero no podía dejar de pensar en Martha. Manejaba con autoridad a los hombres de su pelotón, y una muchacha lo manejaba a él desde miles de kilómetros.

Normalmente, los mismos que piensan que la filosofía es un cuento chino, la acusan también de ser ladrillo indigesto, de hablar de cosas raras e incomprensibles. Si en las páginas anteriores hemos ido viendo que ambas acusaciones son injustas, ahora quedará claro que, lejos de elucubrar sobre cuestiones artificiales y esotéricas, a la filosofía le gustan los temas más humanos y cordiales. Por ejemplo: los sentimientos.

Conocemos la realidad porque tenemos inteligencia y cinco sentidos, pero la disfrutamos —o se nos atraganta— porque tenemos sentimientos. Leo en la contraportada de *El laberinto sentimental*, un excelente ensayo de **José Antonio Marina**:

Somos inteligencias emocionales. No nos interesa más que los sentimientos, porque en ellos consiste la felicidad o la desdicha. Actuamos para mantener un estado de ánimo, para cambiarlo, para conseguirlo. Son lo más íntimo a nosotros y lo más ajeno. No sentimos lo que querríamos sentir. Somos depresivos cuando quisiéramos ser alegres. Nos reconcomen las envidias, los miedos, los celos, la desesperanza. Desearíamos ser generosos, valientes, tener sentido del humor, vivir amores intensos, librarnos del aburrimiento, pero nos zarandean emociones imprevistas o indeseadas. Podría leerse la historia de nuestra cultura como el intento de contestar a una sola pregunta: ¿Qué hacemos con nuestros sentimientos?

Captamos la realidad en forma de sensaciones, conceptos y sentimientos. Pero los sentimientos no nos dicen lo que son las cosas: traducen su presencia al subjetivo y caprichoso idioma del gusto. Para bien y para mal, nada pesa en la vida tanto como ellos. Y esa importancia hace que al animal racional y social también se le pueda llamar, con toda propiedad, animal sentimental. Todo en la vida, todo lo que conocemos y hacemos, nos deja un difuso sentimiento de agrado o desagrado. Descartes hizo a los sentimientos

responsables de todo lo que experimentamos como bien y como mal: por ellos nos sentimos alegres o tristes, deprimidos o animosos, y su tonalidad es decisiva en nuestra conducta.

Los sentimientos representan la evaluación subjetiva de los deseos que se van logrando o malogrando. Están, por tanto, en el origen y en el fin de toda búsqueda de una vida lograda. Reflejan la conexión real o posible entre el deseo y su objeto, la distancia entre lo que tengo y lo que quiero tener, entre lo que soy y lo que quiero ser. Son el íntimo indicador de la autorrealización personal efectiva o posible. En forma de deseos, esperanzas o temores están en el origen de la acción. Después de las acciones nos afectan como frustración o satisfacción. Y siempre soñamos con un sentimiento lejano y perfecto: la felicidad. Nos mueven y conmueven desde dentro: por eso los llamamos emociones (del latín *motus*) y pasiones (del latín *passio*: padecer, ser afectado). En todo momento nos acompañan, nos templan o destemplan.

Aunque no surgen de la nada, aparecen cuando y como quieren, disimulando su origen. Por eso se ha dicho que todo el mundo sabe algo sobre los sentimientos, pero nadie sabe exactamente qué. Sabemos que tienen causa porque uno se alegra o entristece por algo; pero esa causa suele estar enmascarada. Y son independientes de la voluntad, porque la alegría no responde automáticamente a nuestra llamada, y la tristeza no pide permiso para entrar. Ello lleva consigo un carácter a menudo desconcertante. Antonio Machado lo expresa así: «La causa de esta angustia no consigo / ni vagamente comprender siquiera».

Así pues, conocemos la realidad de forma teórica y sentimental: las cosas y las personas que tengo delante me gustan o me disgustan, me alegran, me animan, me irritan o me deprimen. Nada más humano que la fauna sentimental: la gran literatura y el mejor cine —expresiones privilegiadas de lo humano— son el reino de los sentimientos y de las pasiones. No habría Odisea sin amor a Penélope; ni guerra de Troya sin rapto de Helena; ni Hamlet sin Ofelia; ni Don Quijote sin Dulcinea. No habría vida humana sin esos alborotos anímicos que nos invaden de vez en cuando y nos salpican siempre.

## 14. LAS PASIONES

A la gran familia de los sentimientos pertenecen algunos especialmente poderosos, casi irresistibles. Son las pasiones, conocidas desde antiguo como agitaciones anímicas acompañadas de alteración corporal. Toda pasión es una subida de tensión sentimental, una hipertrofia emocional. Su intensidad se manifiesta en una «anomalía» de la atención, que se concentra en un punto y es capaz de reducir el resto del mundo a ruido de fondo.

«Yo melibeo soy, y a Melibea adoro, y en Melibea creo, y a Melibea amo», dice Calisto. Y le responde su criado Sempronio que «harto mal es tener la voluntad en un solo lugar cautiva». Por esa voluntad apasionada, Melibea no quiere sobrevivir a Calisto, y antes de quitarse la vida exclama: «Cuán cautiva tengo mi libertad, cuán presos mis sentidos de tan poderoso amor del muerto caballero». Esa concentración de la atención se vive como ceguera para todo lo demás. Cegado por la pasión de poder, Macbeth no ve otra cosa que la deseada corona; por eso dice con asombrosa lucidez que «nada existe para mí sino lo que no existe todavía».

En el origen de muchas pasiones están las conmociones provocadas por el placer y la belleza. Y en su desarrollo se puede llegar a lo patológico. Escribe **Van Gogh** a su hermano Theo: «Experimento una increíble claridad en los momentos en que la naturaleza es tan hermosa. Pierdo la conciencia de mí mismo y las imágenes vienen como en un sueño». Y en otra carta advierte que «muchos pintores se vuelven locos porque la pintura le aparta a uno de la realidad. Yo me sumerjo de golpe en el trabajo una y otra vez, pero mi razón se resiente y se quedará medio perturbada para siempre». Tristes y proféticas palabras.

A propósito de la pasión por la lectura, que llevó a Bastián Baltasar Bux a meterse en *La historia interminable*, comenta **Michael Ende** que las pasiones humanas son un misterio. Los que se dejan llevar por ellas no pueden explicárselas, y los que no las han vivido no pueden comprenderlas. Hay hombres que se juegan la vida para subir una montaña. Nadie, ni siquiera ellos, puede explicar realmente por qué. Otros se arruinan para conquistar el corazón de una persona que no quiere saber nada de ellos. Muchos se destruyen a sí mismos por no saber resistir los placeres. Y los hay que no descansan hasta que consiguen ser poderosos.

¿Somos responsables de nuestros alborotos anímicos y de sus consecuencias? La pregunta es clásica; y la respuesta, doble: sí y no. Somos responsables de nuestras acciones voluntarias, y no de lo que hacemos por fuerza o necesidad. A la fuerza —se ha dicho— puede un hombre ser llevado a la deriva por el viento y las olas, pero no por las pasiones, que no por irracionales son menos humanas. Piensa Aristóteles que dejarse llevar por la ira o por el deseo de placer es propio del hombre, y sería ridículo considerar

involuntaria tal conducta. Pero reconoce que algunos impulsos pueden presentarse con excesiva fuerza, y entonces somos indulgentes con ellos por su capacidad de violentar a la misma naturaleza.

## 15. EL AMOR

El amor es una de las fuerzas que mueven el mundo. En el principio existió el Caos, dice Hesíodo en su *Cosmogonía*. Y luego la Tierra, asiento firme de los Inmortales que habitan el Olimpo. Y en lo más profundo de la Tierra, el sombrío Tártaro. Y Eros, el más bello entre los dioses, el que somete la mente y la conducta prudente de dioses y hombres. Por lo que se ve, somos títeres de un dios entrometido, irresistible y caprichoso. La mitología griega no se equivocó al representarlo como un niño travieso que revolotea por todas partes y dispara flechas que producen una herida dulce: «Con saetas de amor fiere cuando los sus ojos alza», dice el **Arcipreste** de Doña Endrina.

Por experiencia sabemos que pocas cosas son capaces de hacer vibrar las fibras profundas del ser humano. Y el amor es una de ellas. Lo expresan bellamente poetas y cantantes. Escribe **Pedro Salinas**:

¡Si me llamas, sí,  
si me llamas!  
Lo dejaría todo.

Y **Serrat** pone su guitarra al servicio de la misma idea:

Porque te quiero a ti, porque te quiero,  
dejé los montes y me vine al mar.

Por la misma razón, **Sancho Panza** nos previene frente a los hechizos de Cupido, capaces de convertir las legañas en perlas, capaces de ver en Aldonza a Dulcinea, altísima princesa en lugar de aldeana hombruna y de pelo en pecho. Pero es inútil, porque el amor nos vuelve a todos quijotescos, incapaces de admitir legañas ni cegueras. Quizá porque dilata las pupilas y nos hace ver más y mejor. **Borges**, que estaba ciego de verdad, da mucho que pensar cuando escribe que «el amor nos deja ver a los otros como los ve la divinidad».

Viene a decir lo mismo que **Platón**: que el amor consiste en sentir que el ser sagrado tiembla en el ser querido. Platón repitió que estamos hechos para la belleza. Y que la belleza es la llamada de otro mundo, para despertarnos, desperezarnos y rescatarnos de la vulgaridad. Él experimentó —como todos— que el encuentro con la belleza es el hallazgo de una secreta llave que abre el último reducto del corazón humano para que llegue hasta él una luz extranjera e inefable. Y dedujo que la llave no tendría sentido si no

tuviera nada que abrir, como tampoco lo tendría una vida cerrada a la belleza.

La antropología filosófica nos enseña que una mujer, un niño, cualquier hombre, nunca ven a los demás como cuerpos neutros, sino como personas con una riqueza subjetiva que se capta mediante los afectos. Y que el conocimiento de los demás está siempre coloreado por sentimientos diversos: aprecio o desprecio, amistad o indiferencia, admiración o envidia. Y que la tipología de los afectos es numerosísima, pero hay uno que experimentamos como el más radical y esencial de todos: el amor. En el lenguaje ordinario designa principalmente un tipo especial de relación estrecha entre hombre y mujer, aunque también se usa para designar relaciones entre padres e hijos, entre el hombre y Dios, entre un hombre y sus ideales, su tierra, la naturaleza, etc.

Ahora bien, si en el amor caben los seres queridos y múltiples bienes de la vida (deporte, ciencia, vino, música...), el hecho de que exista un solo nombre para tanta multiplicidad está pidiendo un fundamento. ¿Qué es lo que está presente bajo todas las formas de amor? **J. Pieper** responde que, en todos los casos imaginables, amar quiere decir «es bueno que existas, que estés en el mundo» y, por tanto, «yo quiero que existas». Por eso el amor protesta siempre contra la muerte.

Además de existir, lo que necesitamos es ser amados por otra persona. Solo sabiéndose amado consigue el ser humano existir del todo, sentirse arropado en el mundo. Saberse amado es sentirse insustituible en el mundo, y es la mejor forma de pisar terreno firme y vivir alegre. El amor aparece así como un principio intrínsecamente constitutivo de la personalidad humana, origen de la tendencia natural a una realización vital recíproca. Por esa reciprocidad se dice que no se puede vivir sin la otra persona, y que ella es más que la propia vida.

El amor nace de un sentimiento impetuoso conocido en términos comunes como «enamorarse», y definido por **Platón** como «afán de engendrar en la belleza según el cuerpo y según el alma»; es decir, como un anhelo de plenitud y fecundidad despertado en el alma por la contemplación de la belleza, como promesa de una plenitud mutua que exige ser realizada. Una promesa de tal intensidad que se vive ya como felicidad. El enamoramiento está certeramente caracterizado por **Ortega** como una alteración «patológica» de la atención. El conocimiento y la voluntad del amante se concentran en el amado hasta llegar a ver el mundo por los ojos del otro.

Un estudio comparativo de las innumerables caras que presenta el fenómeno del amor, desde Platón hasta el psicoanálisis, pone de manifiesto el rasgo común de la *preferencia*: el amor es siempre un preferir; ser amado es ser tratado como una excepción. La realidad aparece entonces como lo que gusta o no gusta al ser amado, como lo que le favorece o perjudica. Tal situación no puede mantenerse mucho tiempo, porque la vida humana implica una pluralidad de actividades que impide el arrebató permanente, y porque la plenitud anunciada es un programa que debe ser realizado en el

tiempo.

En la realización de ese programa lleva la voz cantante la voluntad, no el sentimiento. Solo así puede ser el amor objeto de regulación jurídica y de prescripciones morales. Cuando se quiere expresar jurídicamente la relación conyugal, se considera que aquello que constituye esa unión es un acto de voluntad expresamente manifiesto (el consentimiento). Ello es así porque un sentimiento es algo que no obliga a nada. En el enamoramiento somos sujetos pacientes de un sentimiento; pero en su desarrollo somos sujetos agentes de un proyecto voluntario, capaces de compromiso libre, esfuerzo y sacrificio. La fórmula del amor no es «yo te quiero porque eres así, mientras seas así», pues todo el mundo estará de acuerdo en que, si un amor termina en el momento en que desaparecen ciertas cualidades (belleza, juventud, éxitos), quiere decir que no existió nunca. El amor suele nacer al apreciar la belleza, el encanto o la inteligencia de una persona, pero luego se afianza en el centro de la persona que posee esas cualidades, descansa en un reducto íntimo que siempre queda cuando ya hace tiempo que aquellos amables dones desaparecieron.

El desarrollo del amor no puede ser una permanente luna de miel. Su carácter arduo deriva de los múltiples factores que han de ser unificados. En primer lugar, la sexualidad y la afectividad, que aparecen en la intimidad subjetiva como fuerzas diferentes e inicialmente dissociadas, y que han de ser integradas respecto de la propia intimidad y respecto de la otra. A partir de ahí, los que se aman deberán asimilar una amplia gama de cualidades psicosomáticas (temperamento, actitudes, intereses) y un conjunto no menor de factores socioculturales (usos y costumbres, situaciones económicas, aspiraciones profesionales, principios morales, creencias religiosas, etc.). Y además se trata de llegar a la unidad sin anular las diferencias, pues de otro modo no habría una relación amorosa, sino de dominio.

## 16. LA AMISTAD

**Jenofonte**, al honrar la memoria de dos generales griegos que habían sido muertos a traición durante la retirada de los diez mil, dice: «Murieron habiendo sido irreprochables en la guerra y en la amistad». Mínimas palabras para un elogio máximo. Fueron irreprochables en lo que era su oficio —la guerra—, y quizá en el más excelente de los sentimientos humanos: la amistad.

La primera literatura griega ya elogia esa relación que presta al encuentro entre los hombres un colorido especial. Ni los héroes griegos pueden pasear solitarios por los escenarios de sus hazañas, ni las relaciones humanas pueden quedar encerradas exclusivamente en el estrecho clan familiar. Por la forma de vivir la amistad y de hablar sobre ella nos parecen insuperables Séneca, Cicerón, Epicuro, Platón, Aristóteles y Sócrates.

El sofista Antifón intentó atraerse a los amigos y alumnos de Sócrates, manifestando que la vida de este no podía ser feliz ni recomendable, especialmente a causa de su gran pobreza. Jenofonte nos cuenta la magnífica respuesta de **Sócrates**:

—Antifón, así como a otro hombre le procura placer un buen caballo o un perro o un pájaro, a mí me deparan mayor satisfacción los buenos amigos. Y, si encuentro algo bueno, se lo enseño a ellos; y los presento unos a otros para que mutuamente salgan beneficiados en la virtud. Con mis amigos saboreo los tesoros que los hombres sabios del pasado dejaron por escrito. Y cuando encontramos algo interesante lo recogemos y lo consideramos de gran provecho si puede ayudar a otros.

Hay en la vida de Sócrates hechos y dichos vigorosos, pero él mismo nos dice que los amigos son el centro de su vida. Y ellos le reconocen como el mejor en la amistad, también cuando no es fácil tal reconocimiento: en la vejez, en la condena a muerte, en la cárcel y en la hora de la cicuta. En torno a Sócrates aparecen amigos verdaderos, sin sombra de intereses más bajos. Y nosotros atesoramos esa amigable forma de vivir, esa charlatanería gustosa sobre el gusto común por la excelencia.

De Sócrates hemos aprendido que la amistad en la que participan los sabios del pasado con sus tesoros escritos proporciona experiencias duraderas sumamente agradables. Sócrates nos dice que el placer de contemplar a fondo los hombres y las cosas está cercano a la felicidad, y que el arte de vivir consiste en descubrir a las personas —siempre pocas— que pueden compartir ese placer. **Aristóteles** lo expresó bellamente:

Igual que nos resulta agradable la sensación de vivir, nos resulta grata la compañía de nuestros amigos; y aquello en lo que ponemos el atractivo de la vida es lo que deseamos compartir con ellos.

Aristóteles también dirá que la amistad, además de algo hermoso, es lo más necesario en la vida. Este lirismo no encaja mucho en la imagen severa que tenemos del inventor del silogismo, pero lo cierto es que en la *Ética a Nicómaco* dedica los libros VIII y IX a la amistad. Todo lector de esa obra se siente sorprendido y cautivado por la atención y la elegancia con que el filósofo trata ese sentimiento. Después de él, todo lo que se ha dicho sobre la amistad llega tarde: ya ha sido analizado y descrito en esas páginas esenciales de la cultura griega. Con razón dice **Emilio Lledó** que tal vez sea esa gran descripción la parte más sorprendente de la ya sorprendente obra aristotélica.

**Cicerón**, en su tratado *De amicitia*, nos presenta su trato con Escipión como modelo acabado de relación amistosa:

De todos los bienes regalados por la Fortuna, ninguno comparable a la amistad de Escipión. En ella encontraba yo conformidad con mis opiniones políticas, consejo en los asuntos privados, y descanso agradable. Una era nuestra casa, uno nuestro alimento, y tomado en común. Siempre anduvimos juntos: en la guerra, en los viajes y en los paseos por el campo. Y juntos dedicábamos el tiempo libre a conocer nuevas cosas, lejos del bullicio de la multitud.

Un siglo más tarde, **Séneca** dedica a la amistad páginas memorables en sus *Epístolas a Lucilio*. Dice, por ejemplo, a su literario discípulo, que puede ser más agradable iniciar una amistad que mantenerla, al igual que es más grato al artista estar pintando que haber pintado.

**San Agustín**, el último romano, tuvo muchos y excelentes amigos. «Tratado sobre la amistad» bien podría ser un título alternativo para sus *Confesiones*, en cuyas páginas encontramos el recuerdo emocionado de algunos amigos:

Me hice íntimo amigo de un antiguo compañero de estudios. Los dos éramos jóvenes. Pero he aquí que le dio una fuerte calentura y murió. Durante un año, su amistad había sido para mí lo más agradable de la vida, así que la vida se me hizo inaguantable: la ciudad, mi casa y todo lo que me traía su recuerdo era para mí un continuo tormento. Le buscaba por todas partes y ya no estaba. Solo llorar me consolaba. Era yo entonces un miserable prisionero del amor, y me sentía despedazar por ese amor perdido. Así vivía yo, y lloraba de amargura y descansaba en la amargura. Me maravillaba que, muerto aquel a quien tanto había querido, siguiera yo viviendo. Bien dijo el poeta Horacio que su amigo era la mitad de su alma, porque yo sentí también que su alma y la mía no eran más que una en dos cuerpos.

Si hubiera que destacar las notas distintivas de la amistad, los autores mencionados coinciden en subrayar que se trata de una relación entrañable, libre, recíproca y exigente, desinteresada y enriquecedora, que nace por inclinación natural y se alimenta del convivir

compartiendo. **Aristóteles** plasma este último rasgo en una inesperada descripción costumbrista:

Amistad es, en efecto, convivir, y desear para el amigo lo mismo que para sí. Y aquello en lo que ponemos el atractivo de la vida es lo que deseamos compartir. Por eso, unos beben juntos, otros disfrutan con el mismo juego, o practican el mismo deporte, o salen de caza, o charlan sobre filosofía.

# Índice

Presentación	4
I. Abiertos al más allá	6
1. Primera clase	7
2. Más allá de la física	9
3. El misterio de los seres vivos	14
4. Química y matemáticas	18
II. La hora de la verdad	21
5. De Comte a Popper	22
6. Tres trampas habituales	25
7. La posverdad	28
8. De la posverdad al posdeber	30
III. Filosofía con literatura	32
9. Jack London y Nietzsche	33
10. Shakespeare y Dostoievski	37
11. William Golding	39
12. El misterio del mal	42
IV. Educación sentimental	44
13. Policromía sentimental	45
14. Las pasiones	47
15. El amor	49
16. La amistad	52